

traba una escesiva severidad en todo lo concerniente á la disciplina militar. Un día que revistaba tropas, vió brillar estemporáneamente una espada á la estremidad de la línea. En seguida hizo traer ante sí al culpable. «¡Qué! le dijo con los ojos inflamados de cólera, ¿te atreves á sacar la espada sin que te se mande?»—Quería enseñarla á mis compañeros, balbuceó el soldado: no tenía intencion de sacarla de la váina, se ha salido por casualidad...—¡Escusas! dijo Almanzor, y dirigiéndose á su escolta prosiguió: ¡Que corten la cabeza á ese hombre con su propia espada y que la paseen á través de las filas á fin de que todos aprendan á respetar la disciplinal!» Tales ejemplos, difundían entre los soldados un terror saludable. Así, que, cuando se pasaba revista, se guardaba un silencio solemne. Hasta los caballos, dice un autor arábigo, parecían entender sus deberes, pues era muy raro que se les oyera relinchar. (1)

Gracias á este ejército que había creado y acostumbrado á la obediencia, Almanzor había dado á la España musulma-

---

(1) Maccari, t. I, p. 274.

na un poder que no tuvo nunca, ni aun en tiempo de Abderramen III. Pero no era este su único mérito; su pátria le debe otras obligaciones, y la civilizacion tambien. Amaba y animaba la cultura de la inteligencia, y aunque obligado por consideraciones políticas á no tolerar los filósofos, se complacía sin embargo en protegerlos hasta donde podía, sin herir la susceptibilidad del clero. Sucedió, por ejemplo, que un tal Ibn-az-Sonbosí fué detenido y puesto en prision como sospechoso de incredulidad. Habiendo atestiguado contra él muchas personas, los faquíes declararon que merecía el último suplicio. Esta sentencia estaba yá á punto de ser ejecutada, cuando un faquí muy considerado, Ibn-al-Maewa, que había rehusado mucho tiempo formar parte de la asamblea, llegó á toda prisa. A fuerza de sofismas, muy raros, pero que honran, si nó á su lógica, á su buen corazon al menos, consiguió hacer revocar la sentencia que condenaba al acusado, apesar de la vehemente oposicion del Cadí que presidía el tribunal. Desde entónces la cólera del ministro se tornó contra este último. Contento de hallar por fin ocasion de poner freno al feróz fanatismo de los mo-

gigatos, dijo: «Nosotros debemos mantener la religion y todos los verdaderos creyentes tienen derecho á que los protejamos. Ibn-az-Sonbosí, pertenece á este número, así lo ha declarado el tribunal. Sin embargo, el Cadí ha hecho esfuerzos inauditos para hacer que lo condenen; es pues, un hombre sanguinario, y no podemos dejar vivir á un hombre semejante.» Esto no era mas que una amenaza; el Cadí pagó con algunos dias de prision, pero es de presumir que en adelante fuera algo menos riguroso con los pobres pensadores que se atrevían á emanciparse de los dogmas recibidos. (1)

Los literatos hallaban en Almanzor la mas honrosa acogida, tenía en su córte una multitud de poetas pensionados y que á veces le acompañaban en sus espediciones. Entre ellos, Zaid de Bagdad era no el mas illustre, pero sí el más notable y divertido. No se puede negar—aunque los Andaluces siempre estremadamente celosos de los estrangeros se complazcan en hacerlo—no se

---

(1) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 257-260.

puede negar, que fuera un poeta de talento, un buen novelista, un hábil improvisador, pero era al mismo tiempo el hombre que tenía menos respeto á la verdad, el impostor mas atrevido que puede imaginarse. Una vez lanzado nada le detenía, inventaba tantas cosas que era maravilla. Cuando se le pedía que explicára una palabra que no había existido nunca, siempre tenía una interpretacion que dar y un verso de un antiguo poeta que citar. Á creerlo, no había libro que no hubiera leído. Queriendo desenmascararlo, los literatos le enseñaron un dia á presencia de Almanzor, un libro en blanco en cuya primera hoja habían escrito: Libro sobre los pensamientos ingeniosos, por Abu-'l-Ghauth Zanani. No había habido nunca ni semejante obra, ni semejante autor, sin embargo, desde que echó una ojeada al título: «¡Ah! yo he leído este libro» exclamó, besándolo con respeto, nombró á la ciudad donde lo había leído y el profesor que se lo había explicado. «En este caso, le dijo entónces el ministro, que se apresuró á quitarle el libro de la mano por miedo de que lo abriera, tu debes saber lo que contiene. Seguramente que lo sé. Verdad es que hace mucho tiempo que lei

esta obra y que no sé nada de memoria, pero me acuerdo muy bien que solo contiene observaciones filológicas y que no trae ningun verso, ni ninguna historia.» Todos se echaron á reir á carcajadas. Otra vez, Almanzor había recibido de un gobernador que se llamaba Mabraman Ibn-Yezid; una carta en que se trataba de «Calb» y de «Tazbil,» es decir de la cultura y del abono. Y dirigiéndose á Zaid, le dijo: «Has visto un libro escrito por Mabraman Ibn-Yezid que lleva por título de «al-cawalib wa-‘z-zawalib?—Ah! sí por Dios! le respondió Zaid; hé visto este libro en Bagdad, en una copia que había sido hecha, por el célebre Ibn-Doraid y en cuyas márgenes había rasgos como patas de hormigas.—Embustero! el nombre que he dicho no es el de un escritor, sino el de uno de mis gobernadores que en una carta que me ha enviado me hablaba del cultivo y del abono.—Muy bien, pero no creais por eso que yo he inventado algo, yo no invento nunca nada. El libro y el autor que habeis nombrado existen, palabra de honor, y si vuestro gobernador tiene el mismo nombre que el autor, eso no es mas que una curiosa coincidencia.» Otra vez, le en-

señó Almanzor la coleccion que el célebre Calí había compuesto. «Si quereis, le respondió Zaid, yo dictaré á vuestro secretario un libro mejor que ese; en el que contaré historias que no se hallan en el libro de Calí.—Hazlo, le respondió Almanzor, que no deseaba otra cosa que verse dedicar un libro superior á el que Calí había dedicado al difunto Califa, pues si él había hecho venir á Zaid á España, era precisamente porque esperaba que había de eclipsar la gloria de Calí, que había ilustrado los reinados de Abderramen III y Haquem II. Zaid puso en seguida manos á la obra, y en la Mezquita de Zahira dictó sus «Engarces de anillo.» Cuando acabó el libro, lo examinaron los literatos de la época. Con gran sorpresa, pero con secreta satisfaccion, vieron que de cabo á rabo, no contenía mas que embustes. Esplificaciones filológicas, anécdotas, versos, proverbios, todo era invencion del autor. Ellos por lo menos, así lo declararon, y Almanzor lo creyó. Esta vez se enfadó de veras con Zaid, y mandó tirar el libro al rio. Sin embargo, no le retiró su favor. Desde que Zaid le predijo que el conde de Castilla, García, había de ser hecho pri-

sionero (prediccion que como hemos visto se cumplió,) concibió por él un gran afecto, ó mas bien, un respeto supersticioso. Y luego, el poeta el manifestaba su gratitud de mil maneras, á lo que Almanzor era muy sensible. Por ejemplo, una vez tuvo la idea de reunir todas las bolsas que Almanzor le había enviado llenas de dinero, y hacer con ellas un vestido para su esclavo negro Cafur; fué á palacio, y habiendo conseguido poner al ministro de buen humor, le dijo: «Señor, tengo una súplica que haceros. — ¿Qué quieres?— Que entre aquí mi esclavo Cafur.—Estraña peticion! —Concedédmela.—Pues bien, que entre si quiere.» Cafur, un hombre mas alto que una palmera, entró entónces vestido con una ropa de diversos colores, que parecía el vestido remendado de un mendigo. «Pobre hombre, exclamó el ministro, que mal ataviado está! Por qué le pones esos andrajos?—Hé aquí el objeto: Sabed, señor, que me habeis dado ya tanto dinero, que las bolsas que lo contenian han bastado para vestir un hombre de la talla de Cafur.» Una sonrisa de satisfaccion apareció en los labios de Almanzor. «Tienes un tacto admirable para mostrarme tu gratitud, es-

toy satisfecho de tí» y en el mismo instante le mandó nuevos regalos, entre los que iba un hermoso traje para Cafur. (1) En fin, preciso es decirlo; si hombres como Zaid gozaban el favor del ministro, es porque respecto á literatura, este no tenía la delicadeza de gusto que poseyeron la mayoría de los Omeyas. Se creía obligado á pensionar poetas, pero los consideraba más bien como objetos de lujo, que tenía que mantener por su alta posición, y no tenía un gusto bastante esquisito para distinguir las piedras preciosas de las falsas. En desquite, si no tenía comprensión literaria, la tenía eminentemente práctica. Los intereses materiales del país, tenían en él un inteligente protector. La mejora de los medios de comunicación, le preocupaba sin cesar. Hizo abrir multitud de caminos. En Écija hizo echar un puente sobre el Genil y otro sobre el Guadalquivir en Córdoba,

---

(1) Véase sobre Zaid á Homaidi, fól. 100, v.-113, r.; Abd-al-wahid, p. 19, 25; Ibn-Khallican, t. I, b. 322, ed. de Slane, y sobre todo á Macca-ri, t. II, p. 52 y sig.

que costó ciento cuarenta mil monedas de oro. (1)

En todos los asuntos, grandes ó chicos, tenía el golpe de vista del génio. Cuando quería emprender un negocio importante, consultaba por lo comun á los grandes dignatarios, pero seguía sus consejos raras veces. Estos hombres, no salían jamás del carril acostumbrado. Esclavos de la rutina, sabían lo que Abderramen III ó Haquen II habían hecho en análogas circunstancias, y no comprendían que pudiera hacerse de otro modo. Y cuando veían á Almanzor seguir su propio pensamiento, gritaban que todo se había echado á perder, hasta que los hechos desmentían evidentemente sus prediccciones. (2)

En cuanto á su carácter, verdad es, que para llegar y para mantenerse en el poder, había cometido actos que la moral condena y hasta crímenes, que en manera alguna hemos tratado de atenuar, pero la justicia nos ordena añadir aquí, que siempre que no se ponía en juego su ambicion,

---

(1) Ibn-Adhari t. II, p. 309.

(2) Maccari, t. I, p. 387

era leal, generoso y justo. La firmeza, como hemos tenido ocasion de decirlo, constituía el fondo de su carácter. Una vez tomado un partido, nada podía hacerlo variar. Cuando quería, soportaba los dolores físicos con la misma impasibilidad que los morales. Un día que tenía un pié malo, se lo hizo cauterizar durante una sesion del consejo. Hablaba como si no le pasara nada y los miembros del consejo no se hubieran apercebido de la operacion, si no les hubiera llamado la atencion el olor de la carne quemada. (1) Todo revelaba en él una voluntad y una perseverancia extraordinarias, lo mismo persistía en sus amistades que en sus ódios; jamás olvidaba un servicio, pero tampoco nunca perdonaba una ofensa. Así lo experimentaron aquellos condiscípulos, á quienes jóven aun, dió á elegir los empleos que habían de ocupar cuando fuera primer ministro. (2) Los tres estudiantes que en aquella ocasion habían parecido tomar su proposicion en sério y que dijeron los empleos que ambicionaban, los

---

(1) Maccari, t. I, p 274.

(2) Véanse antes las pag. 138, 139 y 140.

obtuvieron en efecto, cuando fué ministro, mientras que el cuarto que había hablado de una manera inconveniente, espíó su imprudencia con la pérdida de sus bienes. (1) Sin embargo, algunas veces, cuando se había equivocado y lo conocía, conseguía vencer la terquedad de su carácter. Un dia en que se trataba de conceder una amnistía, leía la lista de los presos, cuando se fijaron sus ojos en el nombre de uno de sus servidores contra el que había concebido un odio violento y que estaba en la cárcel hacía mucho tiempo, sin que mereciera ser tratado de este modo. «Este, escribió al márgen, permanecerá donde está, hasta que el infierno venga á reclamarlo.» Pero llegó la noche, en vano buscó el descanso, le atormentaba la conciencia y en ese estado intermedio que no es ni sueño, ni vela, figuróse ver un hombre de una fealdad asquerosa y de unas fuerzas sobre humanas, que le decía: «Devuelve la libertad á ese hombre ó serás castigado por tu injusticia.» Trató entónces de desechar estas negras visiones y no pudiendo lograrlo, man-

---

(1) Ibn-al-Khatib man. G. fól, 118 r.

dó traer á su cama avíos de escribir y dió la órden de poner al preso en libertad, pero añadiendo estas palabras: «Este hombre debe su libertad á Dios y Almanzor no ha consentido en ella sino á su despecho.» (1)

En otra ocasion bebía con el visir Abu-'l-Moghira ibn-Hazm, en uno de sus soberbios jardines de Zahira, porque, apesar del respeto que manifestaba á la religion, bebió vino toda su vida á escepcion de los dos años que precedieron á su muerte. (2) Era la tarde, una de esas hermosas tardes que no hay mas que en los países privilegiados del Mediodía. Una hermosa cantadora á quien Almanzor amaba, pero que había concebido una gran pasion por el huesped del ministro, cantó estos versos:

Huye el dia y la luna muestra ya la mitad de su disco. El sol que se oculta, parece una mejilla y las tinieblas que se acercan el bello que la cubre, el cristal de las copas, agua helada, y el vino, fuego líquido. Mis miradas me han hecho cometer pecados que nada puede excusar. ¡Ay! gentes de mi familia, yo amo á un jóven que

---

(1) Maccari, t. II, p. 273.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 110.

no está al alcance de mi amor, aunque se halla cerca de mí. ¡Ah! que yo no pudiera arrojarme á él y estrecharlo contra mi corazón.

Abu-'l-Moghira comprendió demasiado bien la intencion de estos versos y tuvo la imprudencia de responder enseguida con estos otros:

El medio, el medio de aproximarme á esa belleza que está rodeada de un vallado de espadas y de lanzas! ¡Ah! si yo tuviera la conviccion de que es sincero tu amor, yo arriesgaría de buena gana mi vida por poseerte. Un hombre generoso cuando quiere alcanzar su fin no teme ningun peligro.

Almanzor no aguantó más. Bramando de cólera sacó su espada, y dirigiéndose á la cantadora: «Dime la verdad, le gritó con voz de trueno; ¿es al visir á quien se dirige tu canto?—Una mentira podría salvarme, le respondió la valiente jóven, pero nó mentiré. Sí, su mirada me ha traspasado el corazon, el amor me lo ha hecho decir, me ha hecho decir lo que yo quería callar. Podeis castigarme, señor, pero sois tan bueno, sois tan amigo de perdonar cuando se confiesan las faltas...» Y

diciendo esto se deshizo en lágrimas. Almanzor la había perdonado ya á medias, pero ahora se tornó á su cólera contra Abu-'l-Moghira y le abrumó con un torrente de reprensiones. El visir lo escuchó sin decir palabra, y cuando acabó de hablar, le dijo: «Señor, convengo en que hé cometido una gran falta, convengo en ello, ¿pero qué podía hacer? Cada uno es esclavo de su destino, ninguno lo elige, todos lo sufren, y el mio ha querido que yo amara á la que no debo amar.» Almanzor guardó silencio por algunos instantes. «Pues bien! dijo al fin, á ambos os perdono. ¡Abu-'l-Moghira! la que amas es tuya; yo soy quien te la dá.» (1)

Su amor á la justicia habia pasado en proverbio. Quería que se egerciera sin acepcion de personas, y el favor que dispensaba á algunos individuos, no los colocaba nunca por cima de las leyes. Un hombre del pueblo se presentó un dia en la audiencia. «Defensor de la justicia, le dijo, tengo que quejarme del hombre que se encuentra

---

(1) Maccari, t. I, p. 406, 407. En la página 407, l. 4, leo «'an» en lugar de «fi.»

detrás de vos» y señaló con el dedo al Es-lavo que tenía el empleo de porta-escudo y del que Almanzor hacía mucho caso. «Lo he citado delante del juez prosiguió, pero no ha querido ir.—¿De veras? dijo entón-ces el ministro. ¿No ha querido ir y el juez no lo ha obligado? Yo creía que Abderra-men ibn-Fotais (este era el nombre del juez) tenía mas energía. Y bien, amigo mio, ¿de qué te quejas?» El otro le contó entón-ces que había hecho un contrato con el Es-lavo y que este lo había roto. Cuando acabó de hablar, dijo Almanzor: «Mucho nos dan que hacer estos servidores de nuestra casa,» y dirigiéndose al Es-lavo, que temblaba de miedo: «Entrega el escudo al que está á tu lado, le dijo, y vé humildemente á respon-der delante del tribunal á fin de que se haga justicia..... Y vos continuó dirigiéndose al prefecto de policía, conducid á entrambos ante el juez y decidle que si mi Es-lavo ha contravenido al contrato, yo deseo que se le aplique la pena mas grave, la prision ó cualquiera otra.» Y habiendo dado la ra-zon el juez al hombre del pueblo, este, vol-vió á presentarse á Almanzor para darle las gracias. «Nada de gracias, le dijo el mi-nistro, tú has ganado tu pleito, está bien y

debes estar contento, pero yo lo estoy aún, yo tengo tambien que castigar al bribon que no se ha avergonzado de cometer una bajeza estando á mi servicio.» Y lo despidió.

Otra vez, su mayordomo tenia un pléito con un mercader y fué requerido por el juez, para que prestara juramento: pero creyendo que el empleo elevado que ocupaba le ponía al abrigo del procedimiento, se negó á ello. Pero un dia que Almanzor llegó á la mezquita acompañado de su mayordomo, se le acercó el mercader y le contó lo que había pasado. El ministro hizo arrestar al mayordomo en el mismo instante, mandando que lo condujeran delante del juez y cuando supo que había perdido el pléito lo destituyó. (1)

En resúmen, si los medios que Almanzor empleó, para apoderarse del poder, deben ser condenados, es preciso sin embargo, confesar, que una vez que lo obtuvo lo ejerció noblemente. Si el destino lo hubiera hecho nacer en las gradas del trono, acaso hubiera habido poco que censurarle, quizás

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 310, 311.

entonces, hubiera sido uno de los príncipes mas grandes que recuerda la historia, pero habiendo visto el día en un antiguo castillejo de provincia, se vió obligado para alcanzar el objeto de su ambicion á abrirse camino á través de mil obstáculos y debe sentirse que tratando de vencerlos, se preocupara rara vez de la legitimidad de los medios. Era, bajo muchos respectos, un grande hombre, y sin embargo por poco que se consideren los eternos principios de la moral, es imposible amarlo y hasta se hace difícil admirarlo.

---

---

### XIII.

Cuando Mudhaffar estuvo de vuelta en Córdoba, despues de la muerte de su padre, hubo un motin. El pueblo exigía á gritos que se presentara el soberano y que gobernara por sí mismo. En vano Hixem II mandó á decir á la multitud que quería continuar llevando una vida libre de cuidados: ella persistió en su demanda y Mudhaffar se vió obligado á dispersarla á mano armada. (1) Sin embargo, el órden desde entónces no volvió á turbarse. Verdad es que un nieto de Abderramen III, llama-

---

(1) Nowairi, p. 472.

do Hixem, conspiró contra Mudhaffar, pero este advertido á tiempo, lo previno, haciéndolo matar, (Diciembre de 1006). (1) Este gobernó el Estado como su padre. Consiguió muchas victorias contra los Cristianos, y durante su reinado la prosperidad fué siempre creciendo. Fué una edad de oro, se dijo mas adelante. (2)

Sin embargo, un cambio muy importante se había verificado. La antigua sociedad árabe, con sus virtudes y sus prejuicios, había desaparecido. Abderramen III y Almanzor se habian propuesto conseguir la unidad nacional y lo habian logrado. La antigua nobleza árabe había quedado anodada en la lucha que había sostenido contra el poder real; vencida y destrozada, estaba ya empobrecida y arruinada y los antiguos nombres se extinguian de dia en dia. La nobleza cortesana, que estaba ligada á los Omeyas por los lazos de la clientela, se había sostenido mejor. Los

---

(1) Ibn-al-Abbar, p. 159; Ibn-Haiyan («apud» Ibn-Bassam, t. I, fól. 30 r.-31 v.) trae un relato detallado de esta conspiracion.

(2) Ibn-al-Abbar, p. 149.—Falto de documentos he tenido que pasar rápidamente por el reinado de Mudhaffar.

Abu-Abda, los Chohaid, los Djahwar y los Fotais, (1) eran todavía casas ricas y envidiadas. Pero los hombres mas poderosos de entónces eran los generales berbericos y eslavos (2) que debian su fortuna á Almanzor. Como eran advenedizos y extranjeros, inspiraban poco respeto. Considerábanlos además como bárbaros, y se quejaban de sus vejaciones. Por otra parte, los hombres de la clase media se habian enriquecido con el comercio y la industria. Ya bajo el reinado tan turbado, sin embargo, del Sultan Abdallah, se habian visto negociantes é industriales que habian reunido rápidamente grandes fortunas, sin más capital que el que le habian prestado sus amigos, (3) y ahora que el pais gozaba de una completa tranquilidad, se hacían tan fácil y tan frecuentemente estas fortunas, que ya nadie se admiraba. Sin

---

(1) Estas cuatro familias eran las principales de la nobleza cortesana. Véase Ibn-Adhari, t, II, página 290.

(2) Bajo el nombre de eslavos se comprendían tambien los cristianos del Norte de España que servían en el ejército musulman. Véase Ibn-al-Khatib, artículo sobre Hobasa, man. G. fól. 124 r.

(3) Khochani, p. 327.

embargo, esta sociedad tan floreciente en apariencia, llevaba en sí misma el gérmen de su destrucción. Si la lucha de razas había cesado, iba á aparecer bajo la forma de lucha de clases. El obrero, detestaba á su patrono; el ciudadano envidiaba al noble, y todos convenían en maldecir á los generales, á los berberiscos sobre todo. En el seno de una inesperienza universal, había una vana aspiración á novedades. La religion estaba espuesta á rudos ataques. Las medidas que había tomado Almanzor, contra los filósofos, no habían dado los frutos que el clero se había prometido. Multiplicábase por el contrario los «espíritus fuertes» y el escepticismo, que constituye el fondo del espíritu árabe, revestía cada dia formas mas científicas. Los discípulos de Ibn-Masarra, los Masarria como se los llamaba, formaban una secta numerosa. (1) Otras sectas propagaban tambien doctrinas muy atrevidas. Una de ellas, parece haber salido del seno del mismo clero. Sus partidarios, habían estudiado por lo

---

(1) Ibn-Hazm, «Tratado sobre las religiones,» t. II, fól. 80 v. 146 r. y v.º

menos, las tradiciones relativas al Profeta pero sus estudios, si hemos de creer á un teólogo ortodoxo, habían sido superficiales y se habían dirigido con preferencia sobre libros apócrifos, compuestos por materialistas que tenían intencion de minar los fundamentos del Islamismo. De ahí la singular idea que se formaban del universo. La tierra, decían, descansa sobre un pescado, este pescado está sostenido en el cuerno de un toro, este toro se halla en una roca que un ángel lleva sobre su cuello, debajo de este ángel están las tinieblas y por bajo de las tinieblas, hay un agua que no tiene fin. Bajo estas extrañas y oscuras fórmulas, que acaso no eran mas que símbolos, los teólogos encontraban una herejía gravísima; la secta creía que el universo era ilimitado. Enseñaba además, que bien se podía imponer una religion por fraude ó por violencia, pero que no puede probársela con argumentos racionales. Sin embargo, al mismo tiempo, era hostil á las obras filosóficas de la Grecia, (1) en las que por el contrario, otra secta se apoyaba.

---

(1) Ibn-Haiyan, t. I, fól. 128 r. y v.

Esta se componía de naturalistas. El estudio de las Matemáticas, los había llevado al de la Astronomía. Para creer en la religion pedían pruebas matemáticas y no encontrándolas la declaraban absurda. Menospreciaban todos los mandamientos, la oracion, el ayuno, la limosna, la peregrinacion, todo esto no era á sus ojos mas que un delirio. Los faquíes no dejaban de dirigirles la censuras que los teólogos de todos tiempos han solido dirigir á los que se han separado de las doctrinas recibidas; los acusaban de no proponerse á otro fin en su vida mas que el de enriquecerse á fin de poder entregarse á placeres de toda especie, sin respeto á las leyes de la moral. (1)

Sin embargo, las sectas que atacaban abiertamente al islamismo, no eran las mas peligrosas; otras que querian vivir en paz con él y que se reclutaban no solo entre los Musulmanes, sino tambien entre Cristianos y Judíos, lo eran mucho mas, porque bajo el nombre de religion universal (2) predicaban el indiferentismo, y los teólo-

---

(2) Ibn-Hazm, t. I, fól. 128 r.

(3) «Al-milla al-colliya» en árabe.

gos musulmanes no ignoraban que si las religiones perecen, no es nunca por los ataques directos, sino siempre por la indiferencia. Los que habian adoptado estas doctrinas, diferían en algunos puntos y unos iban mas lejos que otros, pero todos profesaban un supremo desden á la dialéctica. «El mundo, dicen, está lleno de religiones, de sectas y de escuelas filosóficas que mutuamente se ódian y se execran. Ved á los Cristianos! El Melquita, no puede sufrir al Nestoriano, el Nestoriano detesta al Jacobita, y cada uno condena al otro. Entre los Musulmanes el Motazelita declara que todos los que no piensan como él son incrédulos, el No-conformista, se cree obligado á matar á todos los que pertenecen á otra secta, y el Sunnita no quiere tener nada de comun, ni con el uno ni con el otro. Entre los Judíos sucede lo mismo. Los filósofos se condenan un poco menos pero no se encuetran más de acuerdo. Y cuando uno se pregunta, cuál entre esta infinidad de sistemas filosóficos y teológicos es el verdadero, es preciso decir que tanto vale uno como otro. Los argumentos de cada campeon tienen la misma fuerza, ó si se quiere la misma debilidad, solo

que uno sabe mejor que otro, manejar las armas de la dialéctica. ¿Quereis la prueba? Id á esas reuniones en que disputan hombres de opiniones diferentes. ¿Qué veréis allí? Que el vencedor de ayer, es el vencido de mañana, y que en estas doctas asambleas la fortuna de las armas es tan variable, como en los verdaderos campos de batalla. El hecho es que allí cada uno habla de cosas de que nada sabe, y de que nada puede saber.»

Algunos de estos escépticos, aceptaban, sin embargo, un pequeño número de pruebas. Había quienes creían en la existencia de Dios, creador de todas las cosas y en la mision de Mahoma; todo lo demás, decían, puede ser verdadero ó nó; no lo afirmamos ni lo negamos, lo ignoramos; pero nuestra conciencia no nos permite aceptar doctrinas cuya verdad no nos ha sido demostrada. Estos eran los moderados. Otros aceptaban solamente la existencia de un creador, y los mas avanzados no profesaban creencia alguna. Decían que la existencia de Dios, la creacion del mundo, etc., no habian sido probadas, pero que tampoco lo había sido, que Dios no existiera, ó que el mundo hubiera existido de toda

eternidad. Algunos enseñaban que es preciso conservar por lo menos en apariencia la religion en que se ha nacido; otros sostenian que la religion universal es la única cosa necesaria, y entendian bajo este nombre los principios morales que toda religion predica, y que la razon aprueba. (1)

Los novadores en materias religiosas tenían una gran ventaja sobre los novadores en materias de gobierno: sabian lo que querian. En politica, por el contrario, nadie tenía ideas bastante fijas. Estaban descontentos de lo que había y se figuraban que por la marcha progresiva de la situacion, la sociedad iba á una revolucion derecha. Almanzor había previsto esta revolucion. Un dia que contemplaba su soberbio palacio de Zahíra, y los magníficos jardines que lo rodeaban, se echó á llorar de pronto, exclamando: «¡Desdichada Zahira! ¡Quisiera conocer al que dentro de poco te ha de destruir!» Y cuando el amigo que le acompañaba le manifestó su sorpresa por esta exclamacion, le dijo: «Tú mismo has de ser testigo de esta catástrofe. ¡Ya veo sa-

---

(1) Ibn-Hazm, t. II, fól. 228 r.-23 Ov.

queado y arruinado este hermoso palacio, ya veo á mi pátria devorada por el fuego de la guerra civil!» (1) Pero si esta revolucion se verificaba ¿cuál sería su fin y por qué medios se realizaría? Esto es de lo que nadie se daba cuenta, mas había al menos una cosa en que todo el mundo estaba de acuerdo, en que se quitara el poder á la familia de Almanzor. Este deseo no tiene nada de extraño. Los pueblos monárquicos, no quieren que el poder sea ejercido, por nadie mas que por el monarca. Así, que todos los ministros, que por decirlo así, han sustituido al soberano, han sido siempre objeto de un ódio violento é implacable, cualesquiera que hayan sido sus aptitudes y sus merecimientos. Esta consideracion bastaría en rigor, para esplicar la aversion que inspiraban los Amiridas, pero conviene no olvidar tampoco, que habían lastimado legítimos sentimientos y afecciones. Si se habían contentado hasta aquí con ejercer el poder en nombre de un príncipe onmiada, había dejado sin embargo conocer, que ponían mas alta la mira, que ambicionaban el

---

(1) Maccari, t. I, p. 387.

trono. Esta ambicion habia exasperado contra ellos, no solo á los príncipes de la dinastía, que eran muchos, sino tambien al clero que era muy adicto al principio de legitimidad y á la nacion en masa que era muy afecta á la dinastía ó que por lo menos creía serlo. Únase á esto, que la nobleza cortesana deseaba la caida de los Amiridas, porque se prometía de cualquier cambio un aumento de poder y que el pueblo bajo de la capital aplaudía anticipadamente toda revolucion que le permitiera saquear á los ricos y saciar el ódio que les tenían.

Esta última circunstancia, parece que hubiera debido servir para hacer á las clases acomodadas mas prudentes. Córdoba habia llegado á ser una ciudad manufacturera, que encerraba millares de obreros; el mas pequeño motin, podía tomar en un instante un carácter sumamente alarmante; de él podía resultar una guerra terrible entre los pobres y los ricos. Mas tal era la inesperienza que nadie parecia haber notado, la inminencia de este peligro.

Las clases acomodadas, no veían todavía en los obreros, mas que auxiliares y creían que todo entraría en caja desde el

momento en que se descartaran de los Amiridas.

La caída de los Amiridas era pues, un deseo casi universal, cuando Modhaffar murió en la flor de sus años (Octubre de 1008). Sucedióle su hermano Abderramen. Los sacerdotes odiaban á este jóven. Á sus ojos su origen era ya una mancha imborrable, porque su madre éra hija de un Sancho, ya sea del conde de Castilla, ya sea del rey de Navarra. (1) Así, que no se le llamaba mas que Sanchol, (2) «Sanchuelo» y con este apodo es conocido en la historia. Su conducta era poco apropósito para hacer olvidar su nacimiento. Amando los placeres con pasion no tenía escrúpulo de beber vino públicamente, y se refería con profunda indignacion que, un dia que oia al muezin gritar desde lo alto de un minarete: «¡Corred á la oracion!» había dicho: «Mejor haría en decir, corred á la copa.» (3) Se le acusaba además, de haber

---

(1) Véanse sobre este punto mis «Recherches,» t. I, p. 205 y sig.

(2) Hoy se diría Sanchuelo, pero en la época de que se trata se decía Sanchol. Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 206.

(3) Nowairi, p. 473, 479.

envenenado á su hermano Mudhaffar, y se refería á este propósito, que, habiendo cortado una manzana con un cuchillo untado por un lado de veneno, se había comido la mitad, despues de haberle dado la otra á su hermano. (1)

Estas inculpaciones eran acaso aventuradas, pero lo que es cierto, es, que Sanchol no tenía el talento ni la habilidad de Almanzor ni de Mudhaffar. Y sin embargo, se atrevió á hacer lo que ni uno ni otro se habian atrevido. Reyes de hecho, habian dejado, sin embargo, á un Omeya el título de monarca, y no habian sido Califas apesar de la mucha gana que tenían de serlo. Sanchol concibió el temerario proyecto de conseguirlo, haciéndose declarar presunto heredero de la corona. Habló de este designio á algunos hombres influyentes, entre los cuales los principales eran el Cadí Ibn-Dhacwan y el secretario de Estado Ibn-Bord, y cuando estuvo seguro de su concurso, dirigió su peticion á Hixem II. Apesar de su nulidad, parece que el Ca-

---

(1) Ibn-al-Athir, en el año 366; «Raihan;» «An. Tol., II,» (p. 403.)

lifa retrocedió un instante ante tan grave demanda, tanto más, cuanto que segun la comun opinion, Mahoma había dicho que el poder no pertenecía mas que á la raza Maá dita. Consultó á algunos teólogos, pero aquellos á quienes se dirigió, obedecian á las inspiraciones de Ibn-Dhacwan. Así, que le aconsejaron consentir en la demanda de Sanchol, y para vencer sus escrúpulos le citaron las palabras del Profeta, que había dicho: «No llegará el último día hasta que tenga el cetro un hombre de la raza de Cahtan.» (1) El Califa se dejó persuadir, y un mes despues de la muerte de su hermano, Sanchol, fué declarado heredero del trono, en virtud de una ordenanza redactada por Ibn-Bord. (2)

Esta ordenanza puso el colmo al descontento de los Cordobeses. Todo el mundo repetía estos versos, que un poeta acababa de componer: «Ibn-Dhacwan é Ibn-Bord han ofendido la religion de una manera inaudita, Se han rebelado contra el

---

(1) Ibn-al-Abbar, p. 150.

(2) El texto de este documento se encuentra en Ibn-Bássam (t. I, fól. 24 v.); Nowairi, Ibn-Khal-dun y Maccari, (t. I, p. 277, 298.)

Dios de verdad, pues han declarado al nieto de Sancho heredero del trono.» (1) Se refería con gran satisfaccion que, pasando por delante del palacio de Zahira, un santo varon había exclamado: «¡Palacio que te has enriquecido con los despojos de tantas casas, quiera Dios que pronto todas las casas se enriquezcan con los tuyos!» (2) En una palabra, el ódio y la mala voluntad, se manifestaban donde quiera. Sin embargo, la rebellon á mano armada, no se manifestaba todavía; el pueblo se dejaba aun intimidar y contener por la presencia del ejército. Pero este se iba á marchar. Engañado por la aparente tranquilidad que en la ciudad reinaba, Sanchol había anunciado que iba á hacer una campaña contra el reino de Leon, y el viernes 14 de Enero de 1009, salió de la capital al frente de sus tropas. Había tenido la idea de ponerse un turbante, que en España no era llevado sino por los legistas y los teólogos, y mandó que sus soldados hicieran otro tanto. Los Cordobeses vieron

---

(1) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 207.

(2) Maccari, t. I, p. 388.

en este capricho un nuevo ultraje á la religion y á sus ministros.

Habiendo pasado la frontera, en vano intentó Sanchol obligar á Alfonso V á bajar de las montañas en que se había hecho fuerte, y habiendo puesto la nieve impracticables los caminos, se vió forzado á emprender la retirada, (1) mas apenas hubo llegado á Toledo, cuando supo que había estallado una revolucion en la capital.

Un príncipe de la casa de Omeya, llamado Mohamed, se había puesto al frente del movimiento. Hijo de aquel Hixem que Mudhaffar había hecho decapitar, y por consiguiente viznieto de Abderramen III, se había mantenido oculto en Córdoba para escapar á la suerte de su padre, y en este período había hecho conocimiento con muchos hombres del pueblo. Gracias al oro que no economizaba, gracias tambien al apoyo de un faquí fanático, llamado Hasan-Ibn-Yahya, y el concurso de muchos Omeyas, reunió bien pronto una partida de cuatrocientos hombres intrépidos y resuel-

---

(1) Ibn-al-Amir, en el año 366. Se dió á esta campaña el nombre de campaña del barro. (Nowairi, p. 474.)

tos. El rumor de una conspiracion llegó á oídos del Amirida Ibn-Ascaledja, á quien Sanchol había confiado durante su ausencia el gobierno de Córdoba; mas este rumor era tan vago, que Ibn-Ascaledja, aunque hizo registrar muchas casas sospechosas, nada descubrió. Habiendo fijado para el Mártes 15 de Febrero la ejecucion de su proyecto, Mohamed eligió entre los suyos treinta de los mas determinados, á quienes ordenó que fueran por la tarde al terraplen que había cerca de palacio, llevándose armas ocultas bajo los vestidos. «Yo iré á reunirme con vosotros una hora antes de ponerse el sol, les dijo; pero cuidado con que hagais nada ántes de que os dé la señal.»

Los treinta hombres fueron á su puesto y no despertaron sospecha alguna, porque el terraplen de palacio, que daba vista al arrecife y al rio, era un paseo muy frecuentado. Mohamed hizo tomar las armas á los demás partidarios, mandándoles que estuvieran listos. Luego se montó en su mula, y habiendo llegado al terraplen, dió á sus treinta hombres la señal de precipitarse sobre la guardia de la puerta de palacio. Atacados los soldados de impro-

viso, fueron fácilmente desarmados, y Mohamed fué corriendo al departamento de Ibn-Ascaledja, que en aquel momento charlaba y bebía con dos muchachas de su harem. Antes que hubiera tenido tiempo de defenderse, había dejado de existir.

Á los pocos instantes los demás conjurados, á quienes su jefe había hecho avisar, empezaron á recorrer las calles gritando: ¡Á las armas! El éxito escedió á sus esperanza. El pueblo, que no esperaba más que una ocasion, una señal, para sublevarse, los siguió dando gritos de alegría, y atraídos por el ruido, los campesinos de los alrededores, vinieron á reunirse á la multitud. Fueron á la prision dorada de Hixem II, é hicieron dos brechas en la muralla. El desdichado monarca esperaba que alguien viniera á socorrerlo. Los altos dignatarios estaban en Zahira, donde podian disponer de algunos regimientos de esclavos y de otras procedencias, pero al recibir la noticia de que había estallado un motin, creyeron al principio que Ibn-Ascaledja lo sujetaría fácilmente, y cuando luego supieron que la cosa era mas seria de lo que se habían figurado, se quedaron helados de miedo. Parecía que todo el mundo ha-

bía perdido la cabeza y nada se hizo para libertar al monarca. Este que temía á cada momento ver el palacio invadido por la multitud, tomó al fin el partido de enviar un emisario á Mohamed, para que le dijera que si le perdonaba la vida abdicaría en su favor. «¡Pues qué! respondió Mohamed, piensa el Califa que he tomado las armas para matarlo? No, las he tomado porque he visto con dolor que quería quitar el poder á nuestra familia. Es libre de hacer lo que quiera, pero si es su voluntad cederme la corona, se lo agradeceré mucho y podrá pedirme lo que guste.» Luego mandó venir teólogos y algunos notables á quienes ordenó que redactaran un acta de abdicacion, y habiendo sido firmada por Hixem, él pasó en palacio el resto de la noche. Á la mañana siguiente, nombró á uno de sus parientes primer ministro, confirió á otro Omeya el gobierno de la capital y los encargó de alistar en el ejército á los que quisieran. Fué tan grande y general el entusiasmo, que todo el mundo corría á hacerse soldado; hombres del pueblo, ricos negociantes, labradores de las cercanías, imanes de las mezquitas y piadosos heremitas todos querían adelantarse á los de-

más, todos querían deramar su sangre en pró de la dinastía legítima y en contra del libertino que había querido usurpar el trono.

Mohamed ordenó enseguida á su primer ministro, que fuera á apoderarse de Zahira. Los dignatarios que allí había, no pensaron siquiera en defenderse, sino que se apresuraron á someterse y á pedir perdon al nuevo Califa. Este se lo concedió, no sin haberles censurado duramente su connivencia en los proyectos ambiciosos de Sanchol.

Así se hundió en menos de veinticuatro horas el poder de los Amiridas; nadie se hubiera figurado tan buena y tan rápida fortuna. En Córdoba era universal el contento, pero en nadie era mas vivo que en las clases inferiores. El pueblo, que camina siempre de prisa, tanto en su alegría como en su cólera, veía abrirse ante sus ojos un feliz porvenir; pero si la clase media hubiera presentido las grandes y dolorosas consecuencias de esta revolucion, se hubiera guardado mucho de tomar parte en ella y hubiera pensado probablemente que el despotismo ilustrado de los Amiridas, que había dado al país prosperidad envidiable y gloria militar, valía mas que la anarquía y el régimen arbitrario de la soldadesca

que iban á pesar sobre ella.

No faltaron desde el primer momento los excesos que de ordinario acompañan á toda revolucion hecha por el pueblo. Mohamed, que podía mandar que saqueras, no tenía bastante autoridad para prohibirlo. Previendo lo que iba á suceder, había dado orden de trasportar á Córdoba los objetos preciosos que se encontraban en Zahira, pero los pillos habían puesto ya manos á la obra. Se llevaron de palacio hasta las puertas y las ensambladuras y muchas casas que pertenecían á las hechuras de Almanzor, fueron tambien saqueadas. Durante cuatro dias, Mohamed no pudo ó no se atrevió á hacer nada contra estos ladrones. Consiguió al fin reprimir su audacia y eran tantas las riquezas amontonadas en Zahira, que sin contar lo que el pueblo se había llevado, se encontraron allí millon y medio de monedas de oro y dos millones y cien mil monedas de plata. Algun tiempo despues se descubrieron además cajitas en que había doscientas mil monedas de oro. Cuando el palacio quedó enteramente vacío, le pegaron fuego y pronto esta magnífica residencia no fué mas que un monton de ruinas.

En este entretanto, dos actas oficiales habían sido comunicadas después de los oficios del viernes (18 de Febrero) al pueblo reunido en la mezquita. La primera contenía la enumeración de los delitos de Sanchol y la orden de maldecirlo en las oraciones públicas, y en virtud de la segunda, muchos nuevos impuestos fueron abolidos. Ocho días después, Mohamed anunció al pueblo que había tomado el sobrenombre de Madhi, (1) con que lo designaremos en adelante, y cuando se bajó de la cátedra, se leyó un llamamiento á la guerra contra Sanchol. Esta última proclama tuvo un éxito prodigioso. El entusiasmo de la capital, se había comunicado á las provincias, de modo, que al poco tiempo se vió Madhí al frente de un ejército numeroso. Pero como el pueblo que había hecho la revolución no quería dejarse mandar por los antiguos generales que todos habían sido del partido de Almanzor, este ejército tuvo por jefes hombres del pueblo ó de la clase media, médicos, tejedores, carniceros y guarnicioneros. Por primera vez se había

---

(1) Al-Mahdi billah, «guilado por Dios.»

democratizado la España musulmana; el poder se había escapado, no solo á los Amiridas, sino á los nobles en general.

Entretanto, Sanchol, cuando recibió en Toledo la noticia de la insurreccion de la capital, se dirigió á Calatrava. Tenía intencion de reprimir la rebelion con la fuerza, pero durante su marcha muchos soldados le abandonaron, y cuando quiso que los que quedaban le prestasen juramento de fidelidad, estos rehusaron diciendo que ya habian jurado una vez. Lo mismo respondieron los Berberiscos á quien los Amiridas habian enriquecido, y con quienes Sanchol creia que podía contar. Ignoraba que el reconocimiento y la adhesion no entraban en el número de sus virtudes. Considerando perdida la cáusa de sus bienhechores, no pensaban mas que en conservar sus riquezas con una pronta sumision al nuevo Califa, y ni siquiera se tomaban el trabajo de ocultar sus intenciones, porque cuando Sanchol llamó á Mohamed ibn-Yilla, uno de sus generales, y le preguntó su parecer acerca de la disposiciones de sus soldados respecto á él, le respondió:

—No quiero engañaros, ni sobre mis propias opiniones, ni sobre las del ejército, así

que os diré francamente que nadie se bati-  
rá por vos.

—¿Cómo nadie? le preguntó Sanchol, que aunque ya desengañado de la fidelidad de una parte de sus tropas, no esperaba, sin embargo, confesion semejante; ¿y de qué modo podría convencerme de que es fundada vuestra opinion?

—Haced que tomen vuestras gentes el camino de Toledo, y decidles que vais á seguirles y vereis entónces si hay soldados que os acompañen.

—Acaso tengais razon, dijo Sanchol tristemente, y no se atrevió á arriesgarse á hacer la prueba que el berberisco le proponía.

En medio de la defeccion general, solo le quedó un amigo sincero y adicto, era uno de sus aliados leoneses, un conde de Carrion de la familia de los Gomez. (1)

—Veníos conmigo, le dijo este caballero; mi castillo os dará asilo, y yo verteré hasta la última gota de sangre, si es preciso, para defenderos.

---

(1) Véase sobre estos condes á Sandoval. «Cinco Reyes,» fól. 62 v. y sig.

—Gracias por vuestra oferta, mi buen amigo, le replicó Sanchol, pero no puedo aceptarla. Es preciso que vaya á Córdoba, donde me esperan mis amigos, que se levantarán como un solo hombre en mi favor, desde que sepan que estoy en los alrededores. Espero además, estoy seguro de ello, que en cuanto llegue, muchos de los que parecen estar ahora por Mohamed, abandonarán á ese hombre para venirse conmigo.

—Príncipe, replicó el conde, no os entregueis á vanas y quiméricas esperanzas; creedme, todo está perdido, y así como el ejército se ha declarado en contra vuestra, tampoco encontraréis en Córdoba quien os ayude.

—Lo veremos, replicó el Amirida; pero hé resuelto ir á Córdoba; é iré.

—No apruebo vuestro designio, le dijo entónces el conde; y estoy persuadido de que os dejais guiar por una ilusion que ha de seros fatal, pero suceda lo que quiera no os abandonaré.

Habiendo dado la órden de continuar la marcha á la capital, llegó Sanchol á una posada que se llamaba Manzil-Hani. Allí se detuvo, pero los Berberiscos aprove-

chándose de la oscuridad de la noche, desertaron en masa, y á la mañana siguiente, no tenía á su lado mas que los criados de su casa y á los soldados del conde. Este le suplicó por última vez que aceptara la oferta que le habian hecho, pero fué inútil; el jóven corría desatentadamente á su pérdida. «He enviado yá á Córdoba al cardí, dijo; pedirá mi perdon, y estoy seguro de obtenerlo.»

La tarde del jueves 4 de Marzo, llegó al convento de Chauch. Algunos ginetes que Mahdí había enviado á su encuentro, lo hallaron allí al dia siguiente. «Qué me queris? le dijo Sanchol, dejadme en paz, pues que ya me he sometido al nuevo gobierno.—En este caso, le respondió el jefe del escuadron, veníos á Córdoba conmigo.» Sanchol tuvo que obedecer esta órden apesar suyo, y habiéndose puesto en camino, encontró despues de medio dia al primer ministro de Mahdí, acompañado de un destacamento mas considerable. Se hizo alto y mientras enviaban á Córdoba el harem de Sanchol, que se componía de setenta mujeres, se le llevó ante él ministro. Sanchol besó muchas veces el suelo delante de este Omeya, pero se le gritó: «Besa

tambien el casco de su caballo» Lo hizo así, mientras el conde de Carrion miraba en silencio la profunda humillacion de aquel ante quien habia temblado un imperio poderoso. Luego, cuando lo montaron en un caballo distinto del suyo, gritó el ministro: «¡Que le quiten el gorro!» y ejecutada esta órden se pusieron en camino.

Al oscurecer, cuando llegaron á la posada, los soldados recibieron órden de atar á Sanchol las manos y los pies. Mientras que cumplian brutalmente esta órden, «Me estais lastimando, les dijo: dadme un momento de respiro y dejadme una mano libre.» Habiendo conseguido su demanda, sacó en un abrir y cerrar de ojos un puñal de su botina, pero los soldados se lo quitaron antes de que tuviera tiempo de herirse. «Yo te ahorraré ese trabajo,» gritó el ministro, y tirándolo al suelo, lo mató y luego le cortó la cabeza. El conde fué muerto tambien.

Al dia siguiente, cuando los jinetes entraron en Córdoba, presentaron al Califa los restos de Sanchol. Habiendo hecho embalsamar su cadáver, Mahdí lo pisoteó con su caballo, y luego lo hizo clavar, vestido con una túnica y un pantalon, en una cruz co-

locada cerca de la puerta de palacio, y al lado de la cabeza que estaba en la punta de una pica. Al lado de estos horribles restos, había un hombre que gritaba sin cesar: «Hé aquí el felicísimo (1) Sanchol! Que Dios lo maldiga y á mí también!» Era el comandante de la guardia de Sanchol, que no había obtenido su perdón sino á condicion de espiar de esta manera la fidelidad que había mostrado á su amo (2)

---

(1) Este es el nombre que había tomado Sanchol.

(2) Nowairi, p. 474-9, Maccari, t. I, p. 278 379.

---

## XIV. (1)

Todo parecía ir, al principio, á medida del deseo de Mahdí. El pueblo de Córdoba lo había elevado al trono, los Berberiscos lo habían reconocido y no habían pasado cinco días desde la muerte del Amirida,

---

(1) Véase Nowairi, p. 479, 484; Ibn-Khaldun, fól. 19 r. y v.; Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. I, fól. 7 v., 8 r. y v. (Ibn-Bassam parece haber abreviado mucho este pasage.) Ab-el-wahid, p. 28-30; Ibn-al-Abbar, p. 159, 160; Ibn-al-Athir, en el año 366: Maccari, t. I, p. 278; Rodrigo de Toledo «Hist. Arabun,» c. 32-35. Sobre las fechas se puede consultar un artículo en mis «Recherches,» t. I, p. 238 y sig., 710 de la primera edicion. Sobre el epitafio de Oton, obispo de Gerona, véase tambien la «Esp. Sagr.,» t. XLIII p. 157 y sig.

cuando recibió una carta en que Wadhid el mas poderoso de los Eslavos y gobernador de la Frontera inferior, le aseguraba su obediencia, diciéndole que la noticia de la ejecucion del usurpador, le había causado gran alegría. Como Wadhíh debía su fortuna á Almanzor, Mahdí no esperaba de su parte una sumision tan pronta, así, que se apresuró á darle pruebas de su reconocimiento; envióle mucho dinero, un vestido de honor, un caballo ricamente enjaezado y el diploma de gobernador de todas las fronteras.

Todos los partidos se habían pues, agrupado al rededor del gobierno. Esta era por lo menos la apariencia, el movimiento espontáneo de primera hora, pero esta unanimidad era menos real y estaba menos arraigada de lo que parecía. La revolucion se había verificado bajo el imperio de una especie de fiebre general que no había dado tiempo á que se manifestara el buen sentido, pero cuando vino la reflexion, se comenzó á conocer que con la caida de los Amiridas no estaba todo terminado, todo restablecido, ni todo reparado; que podía haber aun, algo que condenar y de que quejarse bajo otro régimen. Madhí, no te-

nía ni talento, ni virtud. Era un hombre disoluto, cruel, sanguinario y tan torpe que se enagenó sucesivamente todos los partidos. Comenzó por licenciar siete mil obreros que se habían alistado. Como no podían dejar á Córdoba á merced de las clases bajas, esta medida era sin duda necesaria, pero descontentó al pueblo, que orgulloso con haber hecho la revolucion, se encontraba muy bien recibiendo un gran sueldo sin hacer nada. En seguida, desterró de la capital á gran número de esclavos Amiridas y quitó el empleo á otros esclavos que servían en palacio. Esto era lanzarlos al partido de la oposicion, mientras que con un poco de tacto acaso se los pudiera haber ganado. Al mismo tiempo irritó á los devotos. Como no salía de palacio, no pensaba mas que en distraerse, y los piadosos musulmanes referían con horror, que daba festines en que tocaban un centenar de laudes y otro de flautas. «Hace lo mismo que Sanchol» decian. Se le llamaba el «bebedor,» se le acusaba de turbar la paz de muchas familias y le sacaban coplas como ántes se las habían sacado á su rival. Su crueldad, acabó de perderlo en la opinion pública. Wahih le había enviado las cabezas de muchos ha-

bitantes de las fronteras que se habían negado á reconocerlo, y el mandó plantar en ellas flores y colocarlas á la orilla del rio, frente á palacio. Gustaba de contemplar este estraño «jardin» é inducía á sus poetas entre los cuales se distinguía Zaid, que, despues de haber adulado á los Amiridas, adulaba ahora á su enemigo, á componer versos sobre este asunto. (1)

Ya, malquistado con el pueblo, con los Eslavos, con los devotos y en general con todas las gentes honradas, Mahdí, no hizo nada para atraerse á los Berberiscos, que sin embargo, se habían entregado á él por su propia voluntad. Verdad es, que estos rudos pastores eran muy odiados en la capital. El pueblo no les perdonaba haber sido los fautores y el apoyo del despotismo de los Amiridas y si Mahdí los hubiera tomado abiertamente bajo su proteccion, hubiera perdido la poca popularidad que le quedaba. Sin embargo, como no podía volverlos á África, hubiera debido contemplarlos. No lo hizo. Á cada instante les manifestaba su ódio y su menosprecio. Les pro-

---

(1) Véase «Abbad,» t. I. p. 244.

hibió hasta montar á caballo, llevar armas y entrar en palacio. Esto era una gran imprudencia. Acostumbrados á ser respetados honrados y mimados por la corte, los Berberiscos tenían el sentimiento de su dignidad y de su fuerza. Así, que, no se resignaron á no ser nada en el Estado y un día en que muchos de sus palacios habían sido saqueados por el populacho sin que se hubiera opuesto la policía, Zawi y otros dos jefes suyos, se fueron á buscar al Califa y exigieron imperiosamente el castigo de los culpables. Intimidado por su actitud firme y resuelta, Mahdi se escusó lo mejor que pudo y para apaciguarlos mandó cortar la cabeza á los instigadores del desorden. Pero pronto se repuso de su terror y comenzó á vejar de nuevo á los Berberiscos.

Sin embargo, por aturdido que fuera no se le ocultaba enteramente el peligro de su posición, y lo que temía sobre todo, era que el nombre de Hixem II, no llegara á ser un día la enseña de unión de todos los partidos á quienes había ofendido. Resolvió, pues, no matar á su augusto prisionero, sino hacerlo pasar por muerto. Justamente acababa de morir (Abril de 1009) un cristiano que se parecía mucho á Hixem.

Madhí, hizo llevar á palacio secretamente su cadáver, y lo enseñó á algunas personas que habian conocido á Hixem. Sea que realmente fuera muy parecido, sea que las personas en cuestion estuvieran ganadas, ello es, que declararon que este cadáver era el del último califa. Mahdí hizo venir entónces ministros de la religion, notables y hombres del pueblo y habiendo sido recitadas las oraciones mortuorias, el cristiano fué enterrado en el cementerio musulman con todos los honores reales. A verdadero Hixem, Mahdí lo hizo encerrar en el palacio de uno de sus visires.

Asegurado por esta parte, el imprudente Califa creyó que ya todo se lo podía permitir. En el mes de Mayo hizo poner en prision, no se sabe por qué, á un hijo de Abderramen III que se llamaba Soliman y á quien poco ántes había nombrado heredero del trono. Amás, dejó penetrar su intencion de hacer morir á diez jefes berberiscos. No era preciso tanto para hacer que los africanos tomasen las armas y por su parte Hixem hijo de Soliman, trabajó activamente para formarse un partido. (1) Lo

---

(1) En su «Tratado sobre el amor» (fól. 121 r.) Ibn-Hazm, habla incidentalmente de la rebelion de este Hixem que tomó el sobrenombre de Rachid.

consiguió sin dificultad; los siete mil obreros licenciados por Mahdí, eran un ejército siempre dispuesto á toda sedicion. El 2 de Junio se reunieron estos hombres ante el palacio de Hixem lo proclamaron Califa, este los llevó entónces á llano fuera de la ciudad y habiéndose reunido á él los Berberiscos marchó contra el palacio de Mahdí. Arrancado bruscamente á sus placeres, el Califa mandó preguntar á la multitud lo que quería. «Tu has puesto á mi padre en prision, le mandó responder Hixem, é ignoro lo que ha sido de él.» Mahdí puso entónces en libertad á Soliman, pero, si creyó que con esto bastaba para hacer que la multitud se dispersara, se engañó, pues Hixem, le envió á decir que debía tambien cederle la corona. Queriendo ganar tiempo, fingió Mahdí entrar en pláticas con él, pero como la negociacion iba larga, los obreros y los Berberiscos que se fastidiaban con su inaccion fueron á saquear é incendiar las tiendas del mercado de los guarnicioneros. Entónces los Cordobeses tomaron las armas, no para sostener á Mahdí, sino para preservar á sus casas del saqueo y pronto vinieron en su ayuda, los soldados que el Califa había tenido tiempo de reunir. El com-

bate duró todo un día y una noche, pero en la mañana del viernes 3 de Junio, los Berberiscos se vieron obligados á tomar la fuga en el mayor desórden. Parte de los Cordobeses los persiguió hasta las orillas del Guadalmeiato; otros saquearon sus casas y se apoderaron de sus mugeres y se prometió una prima á todo el que trajera la cabeza de un berberisco. El anti-Califa Hixem, y su padre fueron hechos prisioneros y Mahdí los mandó decapitar.

En cuanto los Berberiscos se rehicieron, juraron vengarse de una manera ruidosa, pero tenían poca habilidad y no sabían cómo componérselas. Felizmente para ellos tenían á Zawi. Oriundo de la dinastía cinhedjita, que reinaba en la parte de África de que era capital Cairawan, era mas civilizado y mas inteligente que la mayor parte de sus hermanos de armas y comprendió que ante todo era preciso oponer un competidor á Mahdí. Tenía en la mano un Omeya, Soliman, sobrino de Hixem, que despues de haber tomado parte en la barbasada de su tío, había seguido á los Berberiscos en su fuga. Zawi propuso á sus camaradas que lo reconociesen por Califa. Algunos se negaron diciendo, que Soliman era

un buen hombre, pero que no tenía ni bastante energía para ser jefe de un partido, ni bastante experiencia para mandar un ejército. Otros no querían ningún jefe árabe. Para hacer adoptar su resolución, recurrió entonces Sawí á un medio que nuevo sin duda para los Berberiscos, no lo hubiera sido sin embargo para nosotros. Tomó cinco lanzas y habiendo hecho con ellas un haz, se las dió al soldado que pasaba por tener mas fuerza, diciéndole: «Procura romperlo!» No habiendo podido hacerlo el soldado continuó diciendo: «Desata ahora la cuerda y rómpelas una á una.» En un instante el berberisco las rompió todas. «Que esto os sirva de ejemplo, Berberiscos, dijo entonces Zawí, unidos sois invencibles, desunidos vais á perecer, porque estais rodeados de enemigos implacables. Pensad pues en el peligro y decidme pronto lo que pensais.—Prontos estamos á seguir tus prudentes consejos, gritaron por todas partes y si hemos de sucumbir, que no sea al menos por culpa nuestra.—Pues bien! continuó Zawí tomando á Soliman de la mano, jurad pues, ser fieles á este Coreixita. Nadie podrá acusaros de aspirar al gobierno del país y como es árabe, muchos de su nacion

se declararán por él y por vosotros.»

Cuando se hubo prestado juramento á Soliman, y este príncipe declaró que tomaba el sobrenombre de Mostain, Zawí habló de nuevo: «Las circunstancias, dijo, son graves, y ante todo es preciso que ninguno trate de satisfacer su ambicion, arrogándose un poder á que no tenga derecho. Que cada tribu elija, pues un jeque, y que este responda con su cabeza al Califa de la fidelidad de su regimiento.» Así se hizo y, naturalmente Zawí fué elegido por su tribu de Cinhedja. (1) Desde el principio, pues, Soliman no tuvo autoridad alguna sobre los Berberiscos que habian elegido sus capitanes sin consultarlo; no era mas que un testaferro, y nunca fué otra cosa.

Los Africanos marcharon á Guadalajara, y habiéndose apoderado de la ciudad, propusieron á Wadhíh que hiciera causa comun con ellos, pidiéndole les abriera las puertas de Medinaceli. Pero Wadhíh, no escuchó sus proposiciones y habiendo recibido refuerzos de Mahdí, los atacó. Fué batido, pero los Berberiscos no tuvieron por

---

(1) Ibn-al-Khatib, artículo sobre Zawí, man. G. fól. 133, v.

qué felicitarse de su victoria, pues Wadhíh les cortó los víveres, de modo, que durante quince dias, no tuvieron mas que yerbas por alimento. Para salir de este apuro enviaron algunos de los suyos á Sancho, conde de Castilla, para que solicitasen su intervencion, y le propusieran una alianza, en el caso en que Madhí y Wadhíh, no quisieran hacer la paz.

Cuando llegaron á la residencia del conde, los Africanos se encontraron con una embajada de Madhí, que había traído á Sancho, caballos, mulas y otros presentes, y le había prometido muchas ciudades y fortalezas, si quería socorrer al Califa de Córdoba. ¡Cuánto había cambiado todo en pocos meses! Ya no eran los Musulmanes los que dictaban la ley á los príncipes cristianos, era, por el contrario, el conde de Castilla el que iba á decidir de la suerte de la España árabe.

Bien informado del estado de los negocios de sus vecinos, y sabiendo que el poder de Mahdí pendía de un hilo, el Conde prometió á los Berberiscos declararse en su favor si se comprometían á cederle las fortalezas que le habían prometido los mensajeros de Madhi, y cuando convinieron

despidió á los otros embajadores, y envió al campo Berberisco mil bueyes, cinco mil carneros, y mil carros cargados de víveres. Los berberiscos se encontraron pronto en disposicion de ponerse en campaña, y habiéndoseles reunido el conde con sus tropas, tomaron el camino de Medinaceli.

Cuando llegaron cerca de esta ciudad, hicieron nuevas tentativas para ganarse á Wdhih á su partido. No lo consiguieron mas que ántes, y creyendo con razon que no debian peder tiempo, marcharon directamente sobre Córdoba (Julio de 1009). Siguiólos Wadhih con su caballería y los atacó, pero despues de haber perdido muchos de los suyos, se vió obligado á tomar la fuga, y llegó á Córdoba con cuatrocientos caballos, donde se le reunió uno de sus tenientes con otros doscientos que habian tenido tambien la fortuna de escapar á la matanza.

Noticioso de que los Berberiscos marchaban contra la capital, Madhí, despues de haber puesto sobre las armas á todos los que se hallaban en estado de llevarlas, se había atrincherado en una llanada al E. de Córdoba. Pero en vez de esperar al enemigo, tuvo la imprudencia de salir en su

busca. Los dos ejércitos se encontraron en Cantich (el 5 de Noviembre de 1009) y un escuadron de treinta berberiscos bastó para introducir el desorden en las filas de la indisciplinada masa de sus contrarios. En su fuga precipitada ciudadanos, burgueses, obreros y faquies se derribaban unos á otros. Los Berberiscos y los Castellanos los acuchillaban á centenares y hubo muchos que hallaron la muerte en las aguas del Guadalquivir. Se calculan en diez mil los que perecieron en esta horrible matanza. (1) Wadhíh conoció bien pronto que todo estaba perdido y acompañado de sus seiscientos caballos, tomó á escape el camino del Norte. Mahdí por su parte, se refugió en su palacio, donde no tardó en verse sitiado por los Berberiscos. Creyó salvarse devolviendo el trono á Hixem II, y haciéndolo sacar de la prision, lo situó de modo que lo pudieran ver los Berberiscos á quienes envió al Cadí Ibn-Dhacwan, para decirles que Hixem vivía todavía, que lo miraba como

---

(1) Este número se encuentra en el historiador mas antiguo y mas digno de crédito, esto es, en Ibn-Haiyan («apud» Ibn-Bassam t. I, fól. 8 r.) Otros cuentan veinte mil y hasta treinta y seis mil.

su señor y que él no era mas que su primer ministro. Los Berberiscos se rieron de este mensaje. «Ayer, le respondieron al Cadí, Hixem estaba muerto y tú, y tu emir recitábais sobre su cadáver las oraciones fúnebres, ¿cómo ha de vivir hoy? Por lo demás, si es verdad lo que dices, nos alegramos de que viva Hixem, pero no lo necesitamos para nada, porque no queremos mas Califa que á Soliman.» En vano trató el Cadí de excusar á su señor y todavía estaba hablando, cuando los Cordobeses que temblaban al aspecto del príncipe que amenazaba sus muros, salieron á su encuentro y lo reconocieron por soberano.

Mientras que Soliman verificaba su entrada en la capital, donde Berberiscos y Castellanos cometieron todo género de excesos, Mahdí se ocultó en la casa de un cierto Mohamed de Toledo, que le suministró los medios de ganar esta ciudad, por que todas las fronteras desde Tortosa hasta Lisboa, estaban todavía por él. Así, que cuando Sancho recordó á Soliman su promesa, éste se vió obligado á responderle que no podía satisfacerle por el pronto, pues que no poseía todavía las ciudades de que se trataba, pero se comprometió por se-

gunda vez á entregarle, en cuanto estuvieran en su poder y entónces Sancho abandonó á Córdoba con sus tropas que se habían enriquecido á espensas de los habitantes de la ciudad (14 de Noviembre de 1009.)

La suerte de Hixem no cambió. Soliman despues de haberlo obligado á abdicar en favor suyo, lo hizo encerrar de nuevo, pero cediendo al deseo de los antiguos servidores de los Amiritas, hizo enterrar con las ceremonias acostumbradas el cuerpo de Sanchol.

Entretanto, Mahdí había llegado á Toledo, cuyos habitantes le hicieron escelente acogida. Soliman marchó á atacarlo y envió sacerdotes á los Toledanos, para que los amenazaran con su cólera, si continuaban en su rebelion. Pero estas amenazas no produjeron efecto y no queriendo emprender el sitio de una plaza tan fuerte como Toledo y esperando, por otra parte, que se habia de someter espontáneamente en cuanto lo hiciera el resto de España, se dirigió á Medinaceli. Durante su marcha, muchos esclavos vinieron á engrosar su ejército y se apoderó de Medinaceli sin combate porque Wadhíh había evacuado esta ciudad,

retirándose á Tortosa. Desde allí escribió á Soliman, diciéndole que lo reconocía siempre que le permitiera quedarse donde estaba.

Él no obraba de este modo, mas que para escapar á la persecucion de Soliman y ganar tiempo. Aprovechóle su astucia, Soliman cayó en el lazo y dejó á Wadhíh el gobierno de todas las fronteras.

Teniendo ya las manos libres, Wadhíh se apresuró á hacer alianza con dos condes catalanes, Raimundo de Barcelona y Armengol de Urgel, á quienes prometió todo lo que quisieron y marchó á Toledo, acompañado de un ejército catalan y del suyo, donde se unió con las tropas de Mahdí. Soliman intimó entónces á los Cordobeses que tomasen las armas, pero como no obedecían á los Africanos mas que á regañadientes, se escusaron diciendo que no estaban en estado de combatir. Por lo demás en Cantich lo habían demostrado y los Berberiscos que preferían no tener en el ejército soldados de aquel temple, le rogaron á Soliman, que les dejara á ellos solos el cuidado de la victoria. Soliman se dejó persuadir y habiéndose adelantado hasta Aca-ba-al-bacar, lugar que se hallaba cerca de

cuatro leguas de Córdoba. (1) encontró al ejército de su adversario, que se componía de treinta mil musulmanes y nueve mil cristianos (en la primera mitad de Junio de 1010.) Sus generales lo colocaron á retaguardia, aconsejándole que no abandonara su puesto aunque los enemigos le pisaran los piés y atacaron á las tropas catalanas, pero conforme á las reglas de la estratégica oriental, volvieron enseguida la espalda al enemigo, para volver impetuosamente á la carga. Desgraciadamente, Soliman que recibía órdenes de sus capitanes, no comprendía su táctica y viendo la vanguardia volverse atrás, no dudó que había sido batida y creyendo que todo estaba perdido, echó á huir á todo escape, siguiendo su ejemplo los caballeros que lo acompañaban. Los Berberiscos, sin embargo, volvían á la carga y atacaron al enemigo con tanta furia que mataron sesenta jefes catalanes, entre los que se encontraba el conde Armenгол de Urgel; pero cuando vieron que Soliman había abandonado su puesto, se reti-

---

(1) Véase Edrisi, t. II, p. 64, 65. Hoy castillo del Bacar.

raron á Zahra, de modo, que los Catalanes quedaron dueños del campo. Así es como Soliman perdió, por su ignorancia y su cobardía, la batalla de Acaba-al-Bacar de que acaso hubiera salido vencedor, si hubiera comprendido la táctica de sus capitanes ó se hubiera prestado á obedecer sus órdenes. Por lo demás, el triunfo fué obtenido por los Catalanes, porque las tropas de Mahdí y de Wadhíh no parecen haber tomado parte muy activa en el combate.

Mahdí entró en Córdoba, y esta desdichada ciudad que había sido saqueada seis meses antes por los Castellanos y los Berberiscos, ahora lo fué de nuevo por los Catalanes. Madhí salió en persecucion de los Berberes que marchaban hácia Algeciras, matando á todos los que encontraban, y saqueando las aldeas, pero que volvieron sobre sus pasos en cuanto supieron que sus adversarios los buscaban. El 21 de Junio (1) vinieron á las manos los dos ejércitos, donde el Guadaira desemboca en el Guadalquivir. Esta vez los Africanos ob-

---

(1) Esta es la fecha que da Nowairi. Tambien se encuentra en un documento latino publicado en la «Esp. Sag. t. XLIII, p. 156.

tuvieron una completa venganza del descalabro que habian sufrido en Acaba-albasar. El ejercito de Madhí, fué derrotado; muchos capitanes de eslavos, y más de tres mil catalanes quedaron en el campo de batalla, además del gran número de soldados que hallaron la muerte en las aguas del Guadalquivir. (1)

Dos dias despues entraron los vencidos en Córdoba, y los Catalanes, furiosos con su derrota, se condujeron con una crueldad inaudita. Mataron especialmente á todos los que tenian algun parecido con los Berberiscos, pero cuando Madhí les rogó que marcharan de nuevo contra el enemigo, se negaron, diciendo que las pérdidas que habian sufrido no se lo permitian. Dejaron, pues, á Córdoba (el 8 de Julio,) y apesar de todo el mal que habian hecho, los habitantes los vieron partir con sentimiento, porque las hordas berberiscas, contra las que hubieran podido defenderlos, les inspiraban más miedo todavía. «Despues de la partida de los Catalanes, dice

---

(1) «En las olas del mar,» dice Nowairi. Es sabido que el flujo y reflujo llega hasta el sitio en que se había dado la batalla.

un autor arábigo; cuando los Cordobeses se encontraban en la calle, se daban el pésame, como se dá á los que han perdido su fortuna y su familia.»

Entretanto Madhí, que había impuesto á la ciudad una contribucion extraordinaria para poder pagar sus tropas, se puso en marcha contra el enemigo. Pero despues de la partida de los Catalanes, su ejército había perdido el valor, y apenas había andado siete leguas, cuando un terror pánico, la idea sola de que dentro de poco tendrían que combatir contra los terribles Berberiscos, le hizo volver á Córdoba. Madhí, tuvo pues que resignarse á esperar los enemigos en la capital, que hizo cercar con un foso y una muralla; pero quería el destino que en lugar de caer por los Berberiscos, cayera por los Eslavos.

Algunos de estos, entre los que Wadhíh ocupaba el primer lugar, servian bajo las banderas de Madhí, pero otros, como Khairan y Anbar, seguian el partido opuesto. Todos conocieron al fin que para alcanzar el objeto de su ambicion, es decir, el poder, su union era necesaria, y resolvieron volver á colocar en el trono á Hixem

II. Decidido este plan, Wadhih tuvo buen cuidado de fomentar el descontento de los habitantes de Córdoba. Hizo estender los rumores más exagerados sobre la vida desarreglada del «bebedor,» y aunque reprochaba en público los desórdenes que sus soldados se permitían, los favorecía en secreto. Y cuando estos manejos acabaron de quitar al Califa la poca popularidad que le quedaba, Khairam, Anbar y otros generales esclavos del ejército de Soliman ofrecieron sus servicios á Mahdí. Apresuróse este á aceptar su oferta, pero apenas entraron en Córdoba estos pretendidos auxiliares, no tardó en apercibirse de que maquinaban su pérdida, y como no se encontraba en estado de resistirles, resolvió por segunda vez refugiarse en Toledo. Los Esclavos se le adelantaron. El Domingo 23 de Julio de 1010, recorrieron á caballo las calles gritando: «¡Viva Hixem II!» y habiendo sacado á este príncipe de su prision, lo colocaron en el trono adornado con régias vestiduras.

En este momento Madhí se encontraba en el baño. Informado de lo que pasaba, vuela al salon y vá á sentarse al lado de Hixem, pero Anbar lo coje violentamente

del brazo, y lo obliga á sentarse enfrente de Hixem, que le reprende en los términos mas amargos, los males que le ha hecho sufrir. En seguida Anbar lo coje de nuevo del brazo, lo arrastra á la plataforma y saca la espada para cortarle la cabeza. Madhí lo coje á brazo partido, pero al punto caen sobre él las espadas de los otros Eslavos. Poco tiempo despues, su cadáver yacía en el mismo sitio donde había hecho caer diez y siete meses ántes, el de Ibn-Ascaledja. Elevado al trono por una conspiracion, otra conspiracion le había privado del trono y de la vida.

---

---

## XV. (1)

Con un soberano tan débil como era Hixem II, los Eslavos eran omnipotentes. Así Wadhid que quedó de primer ministro, pretendió gobernar á España como su patrono Almanzor, pero desgraciadamente para él, las circunstancias habian cambiado mucho, y Wadhid no era Almanzor. Verdad es, que al principio no encontró oposicion en la capital. La cabeza de Mahdí fué paseada por las calles, sin que se oye-

---

(1) Nowairi, p. 484-6. Ibn-al-Athir en el año 400; Ibn-Haiyan «apud.» Ibn-Bassam, t. I, fol. 8 v, Rodrigo de Toledo, c. 36-39.

ra un solo murmullo, porque nadie echaba de menos á aquel tirano; pero Wadhíh se había lisonjeado con la esperanza de que los Berberiscos reconocieran también al monarca, á quien había devuelto la corona, y pronto pudo convencerse de cuán quimérica era esta esperanza, pues, cuando les envió la cabeza de Madhí, rogándoles que se sometieran á Hixem, fué tan grande su indignacion, que si no se hubiera interpuesto Soliman para salvar la vida de los que llevaban este mensaje, los hubieran muerto. El mismo Soliman derramó lágrimas al ver la cabeza de su pariente, la hizo limpiar y la envió á Obaidallah, hijo de Madhí, que se encontraba en Toledo.

Desengañado por lo que toca á los Berberiscos, Wadhíh, vió poco despues que tenia enemigos en la misma ciudad. Algunos Omeyas, que no querian la dominacion eslava y creian trabajar en su propio interés, sirviendo el de Soliman, le avisaron secretamente que viniera el 12 de Agosto hasta las puertas de la capital, y que ellos se la entregarían. Soliman prometió venir, pero Wadhíh informado del complot, por Khairan y Anbar, hizo prender á los

conspiradores, y cuando Soliman se presentó bajo los muros de la ciudad el día prefijado, fué atacado bruscamente, y obligado á una precipitada retirada.

Esperando que este descalabro había hecho mas tratables á los Berberiscos. Wadhih entabló nuevas negociaciones con ellos, pero sin resultado, y entre tanto Soliman, pidió ayuda á su antiguo aliado Sancho de Castilla, ofreciendo cederle las fortalezas que Almanzor había conquistado. No sé si eran las mismas que le había prometido ántes, pero lo cierto es que el Conde encontró ahora el modo de estender su territorio, sin tomarse el trabajo de hacer una expedicion á Andalucía. Como las fortalezas en cuestion no se hallaban en poder de Soliman, sino en el de Wadhih, mandó á decir á este último que, si nó se las cedía, marcharía con sus Castellanos en socorro de los Berberiscos. El asunto pareció tan importante á Wadhih, que no se atrevió á tomar sobre sí la responsabilidad de su resolucion. Convocó pues á los notables, y habiéndoles comunicado el mensaje de Sancho, les preguntó su parecer. El temor de ver á los Berberiscos reforzados por los Castellanos, hizo callar en los notables el sentimien-

to del honor nacional y respondieron que, en su opinion debía ser otorgada la demanda. En el mes de Agosto ó de Setiembre de 1010, Wadhíh concluyó, pues, un tratado con Sancho, y le entregó, al decir de los escritores árabes, mas de doscientas fortalezas, entre las que los cronistas cristianos (1) citan á San Estéban, Coruña del Conde, Gormaz y Osma. Semejante ejemplo era contagioso. Viendo que para obtener plazas fuertes, bastaba con algunas amenazas y palabras mayores, otro conde mandó á pedir las á su vez, diciendo que si nó se las daban iría al punto á reunirse con Soliman. No se atrevieron á negárselas. Así el imperio musulman, presa de la guerra civil, y reducido á la mas completa impotencia, se caía á pedazos. ¿Se felicitarían todavía los Cordobeses de la caída de los Amíridas como en el dia fatal en que con irreflexivo entusiasmo saludaron el rápido triunfo de la revolucion? Lícito es dudarlo, pero pensáran lo que quisieran en este período, ya no podían volver atrás. En aquellas circunstancias, tenían que re-

---

(1) «Ann. Compost. Chron. de Cardaña.»

signarse á bajar la cabeza ante los enemigos de su religion, á sufrir el amo que los Eslavos ó los Berberiscos quisieran imponerles, á ser maltratados y saqueados, ya por unos, ya por otros, á aceptar, en una palabra, todas las consecuencias á que se esponen los pueblos que, sin ir á un objeto claramente definido, sin tener una grande y sana idea política ó religiosa que realizar, se lanzan aturdidamente en el torbellino de las revoluciones.

Por el pronto, no fueron ellos sin embargo, los que más sufrieron la ferocidad de los Berberiscos. Despues de haber asediado á Córdoba, durante mes y medio, se habian dirigido contra Zahra, de que se hicieron dueños despues de un sitio de solo tres dias, gracias á la traicion de un oficial que le entregó una de las puertas de la ciudad, (4 de Noviembre de 1010.) Enseguida comenzó la carnicería, y si los Cordobeses hubieran tenido duda sobre la suerte que los Berberiscos les reservaban, las cosas que pasaron en Zahra, les hubieran dado bastante luz sobre este asunto. Casi todos los soldados de la guarnicion fueron degollados. Los habitantes se refugiaron en la Mezquita, pero la santidad del

lugar no impuso á los Berberiscos. Hombres, mujeres y niños, todos fueron degollados, sin distincion. Despues de haber saqueado la ciudad, la incendiaron, y desde entónces esta residencia, una de las mas magníficas de Europa, se convirtió en lo que Zahira, ántes su rival en hermosura, en un monton de escombros.

Durante todo el Invierno, parte del ejército africano, saqueó los alrededores de Córdoba, é impidió que entraran víveres en la capital. Despojados de todo lo que poseian, los habitantes de las campiñas afluan á ella en masa, y su número escedió bien pronto al de los vecinos; pero como todos los géneros estaban carísimos, era imposible mantenerlos, y la mayor parte morian de hambre. El gobierno mismo estaba en la última estremidad, y para procurarse un poco de dinero, Wadhah tuvo que vender la mayor parte de la biblioteca de Haquen II. (1) Otras bandas recorrian al mismo tiempo las provincias. Las ciudades mas importantes cayeron en sus manos, y por lo comun sufrieron sus ha-

---

(1) Maccari, t. I. p. 250.

bitantes, la misma suerte que los de Zahra. España presentaba por dó quiera el espectáculo mas aflictivo. Los pueblos estaban desiertos y se podian recorrer durante dias enteros los caminos ántes mas frecuentados, sin encontrar alma viviente.

En el Verano de 1011 la miseria de España en general, y especialmente la de Córdoba, no hizo mas que aumentarse. Esta desventurada ciudad, que asolaba la peste, (1) parecía complacerse en agravar sus males con la discordia. Los soldados atribuian á Wadhid las calamidades que sufrían, y el general eslavo Ibn-Abi-Wadad, enemigo personal del ministro fomentaba su descontento. Ultrajado en público, y conociendo que era insostenible su posicion, Wadhid encargó á un tal Ibn-Becr de que fuera á hacer proposiciones de paz á Soliman. Este paso escitó la mas viva indignacion. Cuando Ibn-Becr, que había tenido una conferencia con el anti-Califa, estuvo de vuelta y se presentó en la sala del Concejo, los soldados se precipi-

---

(1) Ibn-Hrzum, «Tratado] sobre el amor,» fól. 106 r.; cf. Rodrigo c. 28.

taron sobre él, y sin darle tiempo á comunicar la respuesta que había recibido, lo asesinaron en presencia del Callfa y de Wadhih. Este resolvió entónces refugiarse entre los Berberiscos, pero Ibn-abí-Wadaa que se había apercebido de este proyecto, le impidió ejecutarlo. Reuniendo á sus soldados, penetró con ellos en el palacio del ministro, y le gritó: ¡Miserable, tú has derrochado el dinero de que tenemos tanta necesidad, y has querido vendernos y entregarnos á los Berberiscos! y le hirió con su espada; sus soldados hicieron otro tanto, y á los pocos momentos paseaban su cabeza por las calles, y saqueaban las casas de sus partidarios, mientras que su cadáver yacía donde yacieron los de Madhí é Inb-Ascaledja, (16 de Octubre de 1011.)

Todavía pasaron año y medio ántes que los enemigos vinieran á quitar á los Eslavos y á los Cordobeses el trabajo de asesinarse mutuamente. En este intérvulo, Ibn-abí-Wadaa gobernó la ciudad con firme mano y severidad inexorable. Secundábale activamente el clero, que proclamó guerra santa, la guerra contra los Berberiscos. Alguna vez, los de dentro conse-

guian ventajas. En el mes de Mayo de 1012 cayó en sus manos un ilustre guerrero berberisco. Era Hobasa, sobrino de Zawihiriendo á diestro y siniestro, se había metido en lo mas récio de la pelea, cuando se aflojó la cincha de su caballo, y cuando se bajaba para apretársela, un eslavo cristiano lo desmontó de un lanzazo vigoroso. Otros eslavos lo remataron. Su hermano Habbuz, trató entónces de disputar su cadáver á los enemigos, pero estos lo rechazaron despues de un combate encarnizado. Los Eslavos llevaron en triunfo á palacio la cabeza de Hobasa, y abandonaron su cuerpo á los insultos del populacho, que despues de haberle mutilado y arrastrado por las calles, lo entregó á las llamas. Los Berberiscos se pusieron furiosos. «Vengaremos á nuestro capitan, gritaron, y nó tendremos bastante con derramar la sangre de todos los Cordobeses. (1) Redoblaron, pues, sus esfuerzos, pero la desesperacion había prestado á los Cordobeses fuerzas sobre humanas, é Ibn-abí-

---

(1) Ibn-al-Khalib, artículo sobre Hobasa, ms. G. fól. 124.

Wadaa, hizo una salida tan vigorosa, que obligó á los enemigos á levantar el sitio. Supo tambien rechazarlos de Sevilla, pero no pudo evitar que tomaran á Calatrava, y no tardaron en volver ante los muros de la capital. Apesar de la resistencia desesperada de los Cordobeses, lograron cegar el foso, lo que los puso en estado de apoderarse de la parte oriental de la ciudad. Una vez mas pareció que la fortuna quería favorecer á los Cordobeses, pues que obligaron á sus enemigos á evacuar el barrio de que se habian hecho dueños. Pero este fué su último triunfo. El Domingo 19 de Abril de 1013, los Berberes entraron en la ciudad por la puerta del arrabal de Secunda, que un oficial que se había vendido, les entregó.

Córdoba pagó su larga resistencia con torrentes de sangre. Habiéndose retirado los Eslavos cuando se perdió toda esperanza, los Berberiscos se pusieron á recorrer las calles lanzando gritos feroces. Aquí saqueaban, allá violaban, asesinaban en todas partes. Los hombres mas inofensivos eran víctimas de su ciega furia. Aquí, el anciano Said ibn-Mondhir, que había sido prior de la mezquita principal desde los tiempos

de Haquen II, famoso por su religiosidad y su virtud; (1) allí, el desdichado Merwan, de la noble familia de los Beni-Hodair, que había perdido la razón á consecuencia de un amor desgraciado (2) Mas allá, yacía el cuerpo del sábio Ibn-al-Faradhi, autor de un precioso diccionario biográfico y que había sido Cadí de Valencia en el reinado de Mahdí. El voto que había hecho en un momento de entusiasmo religioso, se había cumplido, había obtenido la palma del martirio. (3) Las víctimas, fueron tan numerosas que ni siquiera se trató de contarlas. Pronto el incendio vino á alumbrar con su luz siniestra estas escenas horribles. Los mas hermosos palacios, fueron presa de las llamas. «Al fin he sabido, escribía mas adelante Ibn-Hazm, (4) lo que se ha hecho de mi soberbio palacio de Bilat-Moghit. Un hombre que vino de Córdoba me lo ha contado: me ha dicho que no quedan de él

---

(1) Ibn-Hazm, «Tratado sobre el amor,» fólío 38 r. y v.

(2) El mismo, fól. 96 r.

(3) Ibn-Bassam, t. I. fól. 161 r.; Maccari, t. I, p. 546.

(4) Véase su «Tratado sobre el amor,» fól. 87 r. 88 r.

mas que ruinas. Tambien ¡ay! sé lo que ha sido de mis mugeres, unas están enterradas, otras llevan una vida errante en lejanos países.»

Dos dias, despues de la toma de la ciudad, Soliman fué á tomar posesion del palacio del Califa. Todos los Cordobeses que por una casualidad cualquiera habían escapado á la espada de los Berberiscos, vinieron á colocarse á su paso. Asustados y malferidos hasta el fondo del corazon, por los horribles espectáculos que habían pasado á su vista, se forzaban sin embargo en gritar: ¡viva el Califa! Soliman supo apreciar en su justo valor este entusiasmo fingido. «Me desean larga vida, dijo, valiéndose de las palabras de un antiguo poeta, pero me matarían si me tuvieran en su poder.» (1)

Cuando llegó á palacio mandó venir á Hixem II.

—Traidor, le dijo, ¿no habías abdicado en mi favor y me habías prometido no pretender el trono? ¿Por qué has faltado á tu palabra?

---

(1) Ibn-al-Abbar, p. 164.

—¡Ay! le respondió el pobre hombre juntando las manos; bien sabéis que no tengo voluntad y que no hago más que lo que me mandan. Pero perdonadme, os lo suplico, porque os declaro de nuevo que abdicó y que os nombro mi sucesor.

Los Berberiscos se establecieron al principio en Secunda, pero tres meses después, todos los habitantes de Córdoba á escepcion de los que vivían en arrabal oriental y en el barrio que se llamaba de la Ciudad, fueron sentenciados á destierro y confiscados sus bienes en provecho de los vencedores que ocuparon entónces las casas que habían escapado del incendio. (1)

---

(1) Abd-al-wahid, p. 28; Ibn-Hazm, fól. 102, r.; Ibn-Bassan, t. III, fól. 10 y sig.

---

## XVI. (1)

Desde el principio de la guerra civil, muchos gobernadores se habían declarado independientes; la toma de Córdoba por los Berberiscos, dió el último golpe á la unidad del imperio. Los generales eslavos se apoderaron de las grandes ciudades del

---

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. I, fól. 6 v.-24 r., 120 r., 122 v., 127 v.-129 r., 9 r. y v.; Maccari, t. I, p. 315-319; Abd-al-wahid, p. 35-38; Ibn-al-Athir, en el año 407; Nowairi, p. 486-490; Ibn-al-Khatib, artículo sobre Alí-Ibn-Hammud; man. E.; Ibn-al-Abbar, p. 160, 161. Compárense con Rodrigo, c. 40-44, y mis «Recherches,» t. I, p. 238-241.

Este; los jéques Berberiscos, á quienes los Amiridas habian dado féudos ó provincias que gobernar, gozaban tambien de una completa independéncia, y las pocas familias árabes que eran todavía bastante poderosas para hacerse valer, no obedecian tampoco al nuevo Califa, de modo que la autoridad de este no se estendía mas que á cinco ciudades considerables, Córdoba, Sevilla, Niebla, Oczonoba y Beja.

Y habia pocas esperanzas de que cambiara este estado de cosas. Los Berberiscos se habian apresurado á gozar las riquezas adquiridas en el saqueo de la capital y de muchas otras ciudades, y el mismo Soliman, aunque forzado á hacer la guerra durante cuatro años, no era belicoso en manera alguna. Por un raro contraste, este jefe de las hordas feroces que habian devastado todo el imperio, era un hombre recto, dulce y generoso. Amaba las letras, hacía buenos versos, y tenia en el amor una ternura, una sumision y una galantería enteramente caballerescas. Todo lo que deseaba era contribuir en todo lo que estuviera de su parte, á que siguiera un poco de calma á la tempestad. Pero desgraciadamente para él, las crueldades de

sus tropas, de que había sido testigo sin poderlas impedir, (pues que no las mandaba sino á condicion de ejecutar lo que ellas querian) lo habian hecho sumamente impopular. Para los Andaluces era un hombre sin fé ni ley; un impío, un descreido, un usurpador que había sido colocado en el trono por los Berberiscos, y los cristianos del Norte, es decir, por dos pueblos á quienes odiaban; y cuando tuvo la imprudencia de enviar á las diferentes ciudades cartas en que les decia que las trataría como había tratado á Córdoba si se negaban á reconocerlo, se elevó contra él un concierto de maldiciones. (1) «Que Dios no tenga piedad de vuestro Soliman, pues que ha hecho todo lo contrario de aquel de que habla la Escritura. (2) El uno encadenaba á los demonios, el otro los ha soltado, y se han repartido en su nombre por nuestro país, para saquear nuestras casas y para asesinarnos.» «Hé jurado, añadía, hundir mi espada en el pecho de los tiranos, y devolver á la religion el

---

(1) Ibn-Bassam, t. I, fól. 6 r. y v.

(2) Sábese que Soliman es la forma arábica de Salomon.

esplendor perdido. ¡Qué extraño espectáculo! ¡Hé aquí á un descendiente de Abd-Chams que se ha hecho Berberisco, y que ha sido coronado á despecho de la nobleza! ¡Pues bien! puesto que puedo elegir, no quiero obedecer á mónstruos. Me entrego á la decision de la espada: si sucumben, la vida tendrá nuevos encantos para mí, y si quiere el destino que yo sea el que perezca, tendré al menos la satisfaccion de no ser testigo de sus maldades!» (1)

Tal era la opinion de los Andaluces, y tambien la de los Eslavos, que en las oraciones públicas continuaban nombrando á Hixem II, aunque Soliman les hubiere suplicado alguna vez que le sustituyeran el suyo, asegurándoles que se contentaría con esta especie de homenaje, sin exigirles mas. (2) Y sin embargo, no estaban seguros de que Hixem viniera todavía. Acerca de la suerte de este monarca corrian los rumores mas contradictorios. Unos decian que Soliman lo había hecho matar, otros que lo habían encerrado en un calabozo de palacio. Esta última asercion era la que tenía

---

(1) Maccari, t. I, p. 280.

(2) Véase Ibn-Hassam, t. III, fól. 5 r.

mas crédito, porque cuando un usurpador hacía morir á aquel á quien arrebatava el trono, acostumbraba de ordinario á enseñar su cadáver al pueblo y Soliman no había enseñado el de Hixem á nadie. (1) Los Eslavos continuaban pues combatiendo en nombre de este soberano. El mas poderoso de ellos, era Khairan. Cliente de Almanzor que lo había nombrado gobernador de Almería, (2) emprendió la fuga cuando los Berberiscos entraron en Córdoba, pero perseguido por ellos, tuvo que aceptar el combate. Abandonado de sus tropas que huyeron y acribillado de heridas, quedó por muerto en el campo de batalla; pero habiendo recobrado bastantes fuerzas para poder andar, volvió á Córdoba donde un amigo que tenía entre los vencedores le dió hospitalidad y lo proveyó de dinero despues de su curacion, de modo que Khairán pudo volverse al Este. Entónces muchos Eslavos andaluces vinieron á alistarse en sus banderas y despues de un sitio de veinte dias se apoderó de Almería. Encontró además un poderoso aliado en uno de los generales de Soliman.

---

(1) Véase «Abbad,» t, I, p. 222.

(2) Maccari, t. I, p. 102.

Este general se llamaba Alí-ibn-Hammud, Descendía del yerno del Profeta, pero como su familia hacía dos siglos que se había establecido en África, se había berberizado, de modo que, él mismo hablaba el árabe bastante mal. Gobernador de Céuta y de Tanger, mientras que Casim, su hermano mayor, lo era de Algeciras, era casi independiente en su provincia; sin embargo su ambición no estaba satisfecha, pues era tal que solo podía contentarse con el trono. Para alcanzarlo no había mas medio que aliarse con los Eslavos y para esto se dirigió á Khairan. Para ganárselo inventó un cuento muy singular. Pretendía que Hixem II había leído en un libro de profecías que despues de la caída de los Omeyas, reinaría en España un Alida, cuyo nombre había de comenzar con la letra «ain» y añadía: «Hixem oyó pues, hablar de mí despues de la toma de Córdoba y desde su prision me envió uno que me dijera:—Tengo el presentimiento de que el usurpador ha de quitarme la vida, os nombro mi sucesor y os dejo el encargo de vengarme.» Muy contento por tener tal auxiliar y persuadido de que Hixem II vivía todavía, aceptó Khairan esta version sin discutirla

y como le prometía Alí, que si volvía á encontrarse á Hixem sería puesto de nuevo en el trono, se comprometió por su parte á reconocer á Alí en el caso en que se probara que Hixem había muerto.

Convenidas estas condiciones, Alí atravesó el Estrecho y rogó á Amir-ibn-Fotuh, gobernador de Málaga que le entregara la ciudad. Cliente de un cliente Omeya y por consiguiente muy inclinado ya á hacer causa comun con los Eslavos, Amir tenía además, agravios personales que vengar contra los Berberiscos porque uno de sus jeques le había quitado á Ronda. (1) Consintió pues en la demanda de Alí, el cual se dirigió enseguida á Almuñecar, donde se unió con Khairan y juntos marcharon á Córdoba.

Alí, no contaba solo con los Eslavos, sino tambien con gran parte de los Berberiscos. En general estos hacían poco caso de Soliman. Lo habían proclamado Califa por que por de pronto necesitaban de un pretendiente y habían encontrado á este por casualidad, pero como á su entender éra de-

---

(1) Véase «Abbad,» t. I, p. 214,

masiado blando y no poseía talentos militares, únicos que ellos podían apreciar, lo despreciaban. Allí por el contrario les inspiraba respeto por su bravura y lo miraban como su compatriota. Juntóse á esto que Zawi, el mas poderoso de sus jeques que era entónces gobernador de Granada y el que había colocado á Soliman en el trono, profesaba á los Omeyas un ódio inveterado, porque la cabeza de su padre Zirí que había perecido en África en un combate que dió á los partidarios de aquella dinastía, había sido clavada en los muros del alcázar de Córdoba, donde estuvo hasque él y los suyos tomaron y saquearon la capital. Este era un insulto que jamás había perdonado á los Omeyas. (1) Así que se declaró por Allí desde que este hubo levantado el estandarte de la rebelion. Su ejemplo influyó mucho en la conducta de los demás Berberiscos. Los que Soliman envió contra su competidor se dejaron vencer. «Emir, le dijo entónces un general berbe-

---

(1) Compárese á Ibn-Khaldun, «Historia de los Berberiscos,» t. II, p. 8 y 61 con Ibn-Haiyan «opad» Ibn-Bassan, t. I, fól. 122 r.

risco, si quereis conseguir la victoria es preciso que os pongais á nuestra cabeza.» Consintió, pero cuando llegaron cerca del campo enemigo cogieron su mula de la brida y lo entregaron á sus adversarios.

El Domingo 1.<sup>o</sup> de Julio del año 1016, Alí y sus aliados, hicieron su entrada en la capital. El primer cuidado de Khaíran y de los otros esclavos, fué el de encontrar á Hixem II, pero con gran satisfaccion de Alí, sus pesquisas fueron inútiles. Alí preguntó entónces á Soliman, á presencia de los visires y de los ministros de la religion qué había sido de Hixem. «Ha muerto,» respondió Soliman sin dar á lo que parece más detalles. «En este caso, replicó Alí, dime donde está su sepulcro.» Soliman le indicó uno, y cuando lo abrieron desenterraron un cadáver que Alí enseñó á un criado de Hixem, preguntándole si era el de su amo. Este criado, que, á lo que se asegura, sabía que Hixem vivía aun, pero que había sido intimidado por Alí, hizo notar como prueba, un cliente negro, asegurando que Hixem había tenido uno igual. Su testimonio fué confirmado por otras personas que, ó querian insinuarse en el favor de Alí, ó que temian desagradarle, de

modo que los Eslavos se vieron obligados á admitir que el soberano legítimo había muerto, y á reconocer á Alí por sucesor. Por lo que toca á Soliman, Alí dió la órden de matarlo, lo mismo que á su hermano y á su padre; pero cuando llevaban á este último al suplicio, le dijo Alí:

—Vosotros habeis muerto á Hixem, ¿no es así?...

—Nó, le respondió este piadoso septuagenario, que absorto en sus ejercicios espirituales no había tomado ninguna parte en los acontecimientos políticos; tan cierto como Dios me oye, no hemos muerto á Hixem. Vive todavía. . . . .

Sin dejarle tiempo de decir mas, Alí que temía que hiciera acaso revelaciones peligrosas, hizo señal al verdugo de cortar-le la cabeza. (1) Despues hizo enterrar de nuevo y con todos los honores reales, el cadáver que pasaba por ser el de Hixem II.

¿Había muerto en efecto este monarca? El espíritu de partido ha echado un velo espeso y casi impenetrable sobre esta cues-

---

(1) Estos detalles importantes se encuentran en Ibn-Haiyan y en Ibn-al-Athir. Abulfeda, (t. III, p. 28) ha copiado á este último.

tion. Ciertamente es que Hixem no volvió á aparecer, y que el personaje que mas adelante se presentó como tal, era un impostor. Pero por otra parte, nunca se ha probado suficientemente ni que Hixem fuera muerto por Soliman, ni de muerte natural en el reinado de este príncipe, y los clientes omeyas que le habian conocido afirman que el cadáver desenterrado por órden de Alí no era el suyo. Verdad es, que el mismo Soliman declaró á presencia de los hombres mas considerados de Córdoba, que Hixem habia cesado de existir, pero su testimonio nos parece sospechoso, y puede que Alí le hubiera prometido que si hacia esta declaracion le dejaría la vida. Además, Soliman no era sanguinario, y no es de presumir que hubiera cometido un crimen ante el que habia retrocedido hasta el feróz Mahdí. Debe notarse tambien que si Hixem hubiera muerto en su reinado, hubiera enseñado á los Cordobeses el cadáver de este monarca, como lo exigía la costumbre y su propio interés. Pretenden los clientes omeyas (1) que menospreciaba demasiado

---

(1) Véase «Abbad,» t. I, p. 222.

á los Cordobeses para hacerlo, pero olvidan que no menospreciaba á los Eslavos, que hacía todos los esfuerzos posibles para que lo reconocieran, y el mejor medio para conseguirlos hubiera sido convencerlos de la muerte de Hixem. Tenemos, en fin, el testimonio del anciano padre de Soliman, que apesar de la afirmacion contraria de su hijo, tomaba á Dios por testigo de que Hixem vivía todavía. ¿Mentiría este piadoso anciano en el momento de ir á comparecer ante el tribunal supremo? No lo creemos.

Todas estas razones nos inclinan á que hay algo de verdad en los relatos de las mujeres y de los eunucos del serrallo. Estos decian que Hixem había conseguido evadirse de palacio en el reinado de Soliman, y que despues de haber estado escondido en Córdoba, donde se había ganado la vida como un jornalero, se había ido al Asia. ¿Había favorecido Soliman su evasion, despues de haberle hecho jurar que no le inquietaría? ¿Quedó en relaciones con él, y sabía dónde estaba? Cuestiones son estas que sugieren las palabras del padre de Soliman, á las que no podemos dar respuesta positiva. Sin embargo, no nos parece improbable que Hixem, cansado de

ver servir su nombre de grito de guerra á ambiciosos que no le dejaban ni una sombra de poder, fuera á ocultarse en un oscuro rincon de Asia, y que terminára allí desconocido y sosegado, una vida llena de tormentos y de dolores.

Sea de esto lo que quiera, Allí reinaba ahora, y parecía que una era más feliz iba á comenzar. Aunque medio berberisco, el fundador de la dinastía Hammudita, se declaró desde luego por los Andaluces. Prestaba atento oído á los cantos de sus poetas que apenas comprendía, daba audiencia á todos los que querían hablarle, y se oponía con la mayor firmeza á las estorsiones de los Berberiscos. Castigaba con inexorable rigor los menores delitos contra la propiedad. Un día, por ejemplo, encontró á uno que llevaba una cesta llena de racimos sobre la silla. Le detuvo y le preguntó quién le había dado aquella fruta. Un poco aturdido con la pregunta, el ginete le respondió de buenas á primeras: «La encontré á mi disposicion y la hé cojido.» Pagó su latrocinio con la cabeza. Allí meditaba una gran medida: quería devolver á los Cordobeses lo que los Berberiscos le habían quitado durante la guerra civil. Desgra-

ciadamente para los habitantes de la capital, la ambicion de Khairán lo obligó á cambiar de repente de conducta.

Al principio Khairán, le sirvió con celo. En su provincia hizo detener y castigar á los que intrigaban en favor de los Omeyas (1) y si hubiera persistido en sostener la causa de Alí, no hubiera tardado en renacer la calma. Pero aspiraba á representar el papel de Almanzor y como conocía que Alí no era hombre para contenerse con el de Hixem II, concibió el proyecto de restablecer la antigua dinastía, salvo sin embargo réinar en su nombre. Buscó pues, un pretendiente y por el mes de Marzo de 1017 (2) lo encontró en la persona de un biznieto de Abderramen II que tenía el mismo nombre que su bisabuelo y que habitaba en Valencia. (3) Muchos Andaluces le prometieron su apoyo, de cuyo número fué Mondhir, gobernador de Zaragoza, de la familia de los Beni-Hachim, que marchó en efec-

---

(1) Ibn-Hazm, en mi catálogo, t. I, p. 225.

(2) Véase Maccari, t. I, p. 315, l. 19. Las mismas palabras se encuentran en Ibn-Haiyan.

(3) Ibn-Hazm, «loco laudato.»

to al Mediodía acompañado de su aliado Raimundo, conde de Barcelona. Vendido así, por el partido que favorecía y conociendo que el pueblo de la capital deseaba también el restablecimiento de los Omeyas, Allí se creyó obligado á tratar con rigor á los que había protegido hasta entónces y á echarse en brazos de los Berberiscos á quienes había perseguido. Dejólés, pues, de nuevo en libertad de tratar á Córdoba como país conquistado y él mismo les dió ejemplo. Para procurarse dinero, impuso contribuciones extraordinarias y haciendo detener á gran número de notables, entre los que se contaba Ibn-Djahwar, uno de los miembros mas considerados del consejo de Estado, no los puso en libertad hasta que les sacó sumas enormes. Á la injusticia juntó el ultraje, porque cuando estos notables salieron de la prision y sus criados les trajeron sus cabalgaduras, dijo: «Ellos pueden muy bien volver á su casa á pié, que se lleven esas bestias á mis caballerizas.» Ni siquiera fueron respetados los bienes de las mezquitas que provenían de legados piadosos. Valiéndose para ello de la mediacion de un faquí de alma vil, que se llamaba Ibn-al-Djaujar, Allí obligó á los guardadores á en-

tregárselos (1) Un terror sombrío reinaba en Córdoba. La ciudad era un hormiguero de agentes de policía, de espías y de delatores. No había justicia. Mientras que Alí había protegido á los Andaluces, los jueces habían mostrado por ellos gran parcialidad, pero era tanta su complacencia para con el poder que ahora no hacian ningun caso de las quejas que se les dirigían contra los Berbericos por justas que fueran. Muchas otras personas se habían vendido igualmente al monarca. «La mitad de los vecinos, dice un historiador contemporáneo, vigllaba á la otra mitad.» Las calles estaban desiertas, apénas pasaban por ellas mas que infelices tenidos por sospechosos que llevaban á la cárcel; los que no habían sido presos, se ocultaban en subterráneos y esperaban la noche, para comprar la despena. En su ódio contra los Andaluces, Alí llegó á jurar destruir á Córdoba despues de echar ó de esterminar á sus habitantes. La muerte le dispensó de cumplir su juramento. Por el mes de Noviembre de

---

(1) Ibn-Haiyan «apud.» Ibn-Bassam t. III. fól. 141 r.

1017, había ido hasta Guadix á combatir á los insurrectos, pero las lluvias le habían obligado á volverse atrás. Se estaba ya en Abril de 1018 y como había sabido que los aliados habían avanzado hasta Jaen, anunció una gran revista para el 17, terminada la que, saldría á campaña, pero en vano lo esperaron los soldados el día prefijado y cuando los oficiales fueron á palacio, para informarse de la causa de su ausencia, se lo encontraron asesinado en el baño.

Este crimen había sido cometido por tres esclavos de palacio que habian estado ántes al servicio de los Omeyas. No tenían ninguna queja personal contra el monarca, pues gozaban de su favor y confianza, y no parece tampoco que fueran seducidos por Khairan ó por los Cordobeses. Por lo menos, cuando mas adelante fueron presos y condenados al último suplicio, ellos negaron constantemente que su proyecto les hubiera sido sugerido por nadie. Todo inclina, pues á creer que cuando resolvieron matar á su amo, querian librar al país de un déspota cuya tiranía se había hecho insoportable.

Sea de ello lo que quiera, la muerte de Alí causó gran alegría en la capital. Sin

embargo, no tuvo por consecuencia la caída de los Hammuditas. Allí había dejado dos hijos, de los que el mayor que se llamaba Yahya, era gobernador de Céuta y también un hermano, Casim, que era gobernador de Sevilla. Algunos Berberiscos querían dar el trono á Yahya, pero otros les hicieron observar que era mejor dárselo á Casim, que estaba mas cerca. Prevaleció su opinion y seis dias despues de la muerte de su hermano, Casim hizo su entrada en la capital, donde se le prestó juramento.

Por su parte Khairan y Mondhir habian convocado para el 30 de Abril á todos los jeques con quienes creían poder contar. La reunion, que fué numerosa, y de la que formaban parte muchos eclesiásticos, resolvió que el califato fuera electivo y ratificó la eleccion de Abderramen IV, que tomó el título de Mortadha. Hecho esto, marcharon contra Granada. Cuando llegó frente á esta ciudad, Mortadha escribió á Zawí en términos muy políticos intimándole que lo reconociera por Califa. Pero Zawí, habiendo escuchado la lectura de esta carta, mandó á su secretario que escribiera sobre el reverso la sura 109 del Co-

ran, concebida en estos términos:

«¡Oh infieles! Yo no adoraré lo que adorais y vosotros no adorareis lo que yo adoro; yo no adoro lo que vosotros adorais y vosotros no adorais lo que yo adoro. Vosotros teneis vuestra religion y yo la mía.»

Cuando hubo recibido esta respuesta Mortadha, dirigió á Zawí una segunda carta llena de amenazas en que decía entre otras cosas: «Marcho contra tí, acompañado de una multitud de cristianos y de todos los bravos de Andalucía. ¿Qué has de hacer?» Y terminaba con estos versos:

Si estais con nosotros vuestra suerte será feliz, pero si estais contra nosotros será deplorable.

Zawí respondió citando la sura 102, concebida así:

«El deseo de aumentar el número de los vuestros os preocupa y visitais hasta los cementerios para contar los muertos; (1) dejad de hacerlo, mas tarde conoceréis vuestra locura. Por última vez dejad de hacerlo, mas tarde conoceréis vuestra locura. Dejad

---

(1) Véase la esplicacion de estas palabra» en una nota de Sale en su traduccion inglesa del Coran.

de hacerlo, si tuviérais la verdadera sabiduría no obraríais así. Ciertamente que habeis de ver el infierno; por última vez, lo habeis de ver con vuestros propios ojos. Entónces se os pedirá cuenta de los placeres de este mundo.»

Exasperado con esta respuesta Mortadha, resolvió tentar la suerte de las armas.

Sin embargo, Khairán y Mondhir se habían apercebido de que este Califa no era el que les hacía falta, ellos se preocupaban muy poco de los derechos de la familia Ommalada y si combatían por un Omeya era á condicion de que se dejara gobernar por ellos. Mortadha era demasiado altivo para resignarse á semejante papel, no se contentaba con una sombra de autoridad y en lugar de conformarse á la voluntad de sus generales quería imponerles la suya. Estos resolvieron hacerle traicion y habían prometido á Zawí que lo abandonarían una vez empeñado el combate.

No lo hicieron sin embargo, y se batieron durante muchos dias consecutivos. Al fin Zawí pidió á Khalran que cumpliera su promesa. «Hemos tardado en hacerlo, le respondió éste, á fin de daros idea de nuestra fuerza y de nuestro valor, y si Mor-

tadha hubiera sabido conquistarnos ya la victoria estaría declarada por él, Pero mañana, cuando presenteis vuestras tropas en batalla, le abandonaremos.»

Á la mañana siguiente, Khairan y Mondhir volvieron, en efecto la espalda al enemigo. No todos sus oficiales aprobaron su conducta, antes por el contrario, muchos estaban grandemente indignados. De estos eran Soliman-Ibn-Hud, que mandaba las tropas cristianas en el ejército de Mondhir, y que sin dejarse arrastrar por los fugitivos, presentó sus tropas en batalla. Pasando cerca de él, le gritó Mondhir: «Sálvate miserable! ¿Crees que tengo tiempo de esperarte» — ¡Ah! exclamó entonces Soliman, tú nos has traído una horrible desgracia y cubres á tu partido de ignominial» Pero convencido, sin embargo, de la imposibilidad de resistir, siguió á su señor.

Abandonado por la mayor parte de los soldados, Mortadha se defendió con el valor de la desesperacion, y poco faltó para que cayera en manos de sus enemigos. Escapó, sin embargo, y ya había llegado á Guadix, fuera de los límites del territorio granadino, cuando fué asesinado por emi-

sarios de Khairan.

Khairan expió con la ruina de su propio partido, su cobarde é infame traicion: los Eslavos no volvieron á encontrarse en estado de reunir un ejército, y sus enemigos los Berberiscos fueron desde entónces los dueños de Andalucía. Córdoba, sin embargo, hubiera podido ser todavía feliz tanto por lo menos como puede serlo un pueblo que es dominado por otro pueblo. El régimen militar había casi concluido, y un gobierno menos arbitrario y menos duro, tendía á consolidarse. Casim amaba la paz y el reposo, y nó agravaba las desdichas de los Cordobeses con nuevas opresiones. Queriendo hacer olvidar las antiguas diferencias, hizo venir á Khairan, se reconcilió con él y dió á Zohair, señor de Murcia, otro eslavo, los féudos de Jaen de Calatrava y de Baeza. Su ortodoxia era un poco sospechosa; se le creía afiliado á las doctrinas xiitas; sin embargo, cualesquiera que fueran su opiniones, no solo no se las impuso á nadie, sino que ni siquiera hablaba de ellas, y nada cambió en lo respectivo á la Iglesia. Gracias á su moderacion, la dinastía Hammudita tenía esperanzas de estabilidad. Verdad es que el

pueblo de la capital no la quería, pero á la larga se hubiera probablemente consolado de la pérdida de sus antiguos señores, si circunstancias independientes de su voluntad no hubieran hecho renacer casi ya muertas esperanzas.

Desconfiando de los Berberiscos, Casim buscó su apoyo en otra parte. Los Berberiscos tenían á su servicio muchos esclavos negros. Casim se los compró, formó con ellos regimientos y confió á sus jefes los empleos mas importantes. (1) Con esto irritó á los Berberiscos y su sobrino Yahya supo aprovechar su descontento. Escribióles una carta en que les decía entre otras cosas: «Mi tio me ha privado de mi herencia y con vosotros á cometido una gran sin razon, dando á vuestros esclavos negros los empleos que os pertenecen. Pues bien, si queis darme el trono de mi padre, yo me comprometo á mi vez á devolveros vuestras dignidades y á poner de nuevo á los negros en el que les corresponde.» Como era fácil preveer los Berberiscos le prometieron su apoyo.

---

(1) Ibn-Haiyan, fól. 128 r.; Abd-al-wahid, página 45; Maccari, t. I, p. 316, 318.

Yahya pasó pues, el Estrecho con sus tropas y desembarcó en Málaga, donde su hermano Idris, que hacía causa comun con él, era gobernador. Allí recibió una carta de Khairan, que, pronto siempre á sostener á todo nuevo pretendiente, á reserva de volverse contra él cuando triunfaba, le recordaba lo que había hecho por su padre y le ofrecía sus servicios. Idris le aconsejó que no aceptara esta oferta. Khairan, le dijo, es un hombre pérfido y quiere engañaros.—Así lo creo, respondió Yahya, pero dejémonos engañar, puesto que no perdemos nada en ello,» y escribió al señor de Almería para decirle que aceptaba sus servicios, hecho lo cual, se preparó á marchar sobre Córdoba. Su tio juzgó prudente no esperarlo. En la noche del 11 al 12 de Agosto de 1021, huyó á Sevilla acompañado solo de cinco caballeros y al mes su sobrino hizo su entrada en la capital. Su reinado sin embargo, fué de corta duracion. Los negros no tardaron en unirse á Casim, muchos capitanes andaluces siguieron su ejemplo, y en fin, Yahya se vió abandonado por gran parte de los Berberiscos á quienes indignaba su orgullo. Su posicion llegó á ser tan peligrosa que á cada instante temía ser

preso en su propia casa. Resolvió ponerse en seguridad y dejando á Córdoba entregada á su suerte salió de noche para Málaga. Casim volvió entónces y el 12 de Febrero de 1023 fué proclamado Califa por segunda vez, pero su poder no descansaba sobre ninguna base sólida y disminuía cada vez mas. En África Idris, que era entónces gobernador de Céuta, le quitó la ciudad de Tanger que había hecho fortificar con esmero y á donde esperaba retirarse en caso de que no pudiera mantenerse de este lado del Estrecho, y en España, Yahya le quitó Algeciras donde estaban su esposa y sus tesoros. En la misma capital no podía contar mas que con los negros. Envalentados por este estado de cosas, los Cordobeses que habían visto con frialdad la lucha entre el tio y el sobrino, comenzaron á removerse. La idea de libertarse del yugo de los Berberiscos latía en el fondo de todos los pechos y se esparció el rumor de que no tardaría en presentarse un miembro de la familia de Omeya á posesionarse del trono. Casim se alarmó con esto y, como ningun Omeya hubiera sido designado, dió orden de prender á todos los que se encontraran. Ellos se ocultaron entónces ya

entre gente baja, ya en las provincias; pero las medidas de Casim no impidieron que estallara la revolucion.

Puestos en la última estremidad por las vejaciones de los Berberiscos, los Cordobeses tomaron las armas el 31 de Julio de 1023. Despues de un combate encarnizado, ambos partidos concluyeron una especie de paz ó mas bien de tregua, prometiendo respetarse mutuamente. Esta tregua fué de corta duracion, aunque Casim trató de prolongarla por una condescendencia simulada con el pueblo. El viernes 6 de Setiembre despues de los oficios divinos el grito de: Á las armas! á las armas! se oyó por todas partes y los Cordobeses arrojaron á Casim y á sus Berberiscos, si nó de los arrabales, al menos de la ciudad. Casim se estableció al Oeste y asedió á los Cordobeses durante mas de cincuenta dias. Estos se defendieron con gran tenacidad, pero cuando comenzaron á carecer de víveres, pidieron permiso á los sitiadores para salir de la ciudad con sus mugeres y con sus hijos. Esta proposicion fué denegada y entónces tomaron los Cordobeses una resolucion que solo la desesperacion pudo dictarles. Demoliendo una puerta salieron todos de la

ciudad el jueves 31 de Octubre y cayeron con tanta furia sobre sus enemigos que estos huyeron en el mayor desorden. Los capitanes se retiraron á sus feudos, el mismo Casim esperaba encontrar un refugio en Sevilla, pero esta animada con el ejemplo de Córdoba, le cerró las puertas y se constituyó en República. Metióse entónces en Jerez, Pero Yahya, vino á sitiarlo y lo obligó á rendirse. Entónces concluyó el papel que había desempeñado en la escena política. Yahya que lo había llevado á Málaga cargado de cadenas, había jurado matarlo, pero sus escrúpulos le impidieron por mucho tiempo cumplir su juramento. Se figuraba ver á su padre en sueños, que le decía: «No mates á mi hermano, yo te lo ruego. Cuando yo era niño me hizo mucho bien y, aunque era mayor que yo, no me ha disputado el trono.» Sin embargo, algunas veces, cuando estaba borracho, quería matarlo, pero siempre cedía á los consejos de sus convidados que le hacían presente, que estando preso Casim no podía perjudicarle. Casim permaneció pues, encerrado durante trece años en un castillo de la provincia de Málaga, pero en el de 1037, Yahya oyó decir que había tratado de ganar la guarnicion

y de induciria á la rebeldía. «¡Qué! exclamó entónces ¿todavía este viejo tiene ambicion? En este caso es preciso acabar con él,» y dió la órden de estrangularlo. (1)

Habiendo recobrado los Cordobeses su independencia, resolvieron, no tumultuariamente sino con órden y con regularidad, volver á colocar á los Omeyas en el trono. En el mes de Noviembre de 1023, quedaron constituidas las juntas y comenzaron las deliberaciones. Los visires resolvieron proponer á la eleccion de sus conciudadanos tres personas, á saber: Soliman, hijo de Abderramen IV, Mortadha; Abderramen, hermano de Mahdí, y Mohamed ibn-al-Iraki. Estaban tan convencidos de que Soliman cuyo nombre habían puesto á la cabeza de la lista, obtendría mayoría de votos que, el secretario de Estado Ahmed-ibn-Bord, había hecho ya redactar el acta de investidura á nombre de este candidato.

Su influencia sin embargo, era menor de

---

(1) He creído que debia preferir el testimonio del autor copiado por Maccari, (t. I, p. 319,) cuyo relato es mas circunstanciado al de Homaidi («apud» Abd-el-wahid, p. 37.)

lo que se imaginaban y se habían equivocado grandemente figurándose que el partido del segundo candidato no era de temer. Este Abderramen, jóven de veintidos años que había sido desterrado por los Hammuditas, había vuelto secretamente á la capital poco ántes. Testigo de la rebellion de los Cordobeses contra los Berberiscos, trató en esta ocasion de formarse un partido y de proclamarse Califa. Este proyecto se había frustrado. Los visires que dirigian la insurreccion y que no lo querían, habían hecho meter á sus emisarios en la cárcel donde estaban todavía, cuando tuvo lugar la eleccion y hasta habían tratado de arrestar al mismo Abderramen. Sin embargo, cuando fórmaron la lista de candidatos, creyeron que debían colocarlo en ella, temiendo si nó lo hacían, discontentar á algunos de sus conciudadanos, pero tan léjos estaban de pensar que este príncipe había de ser para Soliman un temible competidor que lo colocaban poco mas ó menos en la misma línea que á Mohamed ibn-al-Iraki, que no gozaba de ninguna popularidad.

Creyéndose, pues, seguros del triunfo, los visires invitaron á los nobles, á los soldados y al pueblo, á reunirse en la Méz-

quita mayor el 1.º de Diciembre, á fin de elegir Califa. En el dia prefijado, el primero que se presentó fué Soliman acompañado del visir Abdallah ibn-Mokhamis. Iba vestido con magnificencia y rebozaba en su semblante la alegría, porque estaba convencido de que en él iba á recaer la eleccion del pueblo. Sus amigos le salieron al encuentro, y le rogaron que se sentara en un estrado muy elevado, que estaba preparado para él. Algun tiempo despues, Abderramen entró en la Mezquita por otra puerta. Venía rodeado de muchos obreros y soldados, y en cuanto aquella multitud pasó el umbral de la puerta, le proclamó Califa, en medio de atronadoras aclamaciones. Los visires, que no esperaban semejante cosa, quedaron sumidos en un estupor que los dejó mudos, aparte de que hubiera sido imposible hacerse oír en aquel tumulto. Se resignaron pues, á aceptar á Abderramen como Califa, y Soliman mas asombrado y más turbado todavía que ellos tuvo que darles ejemplo. Lo arrastraron á presencia de Abderramen, á quien besó la mano, y que lo hizo sentar á su lado. El tercer candidato, Mohamed-ibn-al Iraki, prestó tambien juramento, y entónces el

Secretario de Estado borró con un raspador el nombre de Sollman, del acta de investidura, y substituyó el de Abderramen V, que tomó el título de Mostadhir.

---

---

## XVII.

Cuando se refiere la historia de un período desastroso, desgarrado por guerras civiles, se experimenta á veces la necesidad de apartar los ojos de las luchas de los partidos, de las convulsiones sociales, de la sangre vertida, y distraer la imaginación hácia un ideal de calma, de inocencia y de ilusiones. Detengámonos, pues un instante para fijar la atención en los poemas que un amor puro y cándido inspiró al jóven Abderramen V y á su visir Ibn-Hazm. Se exhála de ellos como un perfume de juventud, de sencillez y de dicha,

y tienen un atractivo tanto mas irresistible, cuanto que ménos se esperan oír estos acentos dulces y tranquilos en medio del trastorno universal, este canto de ruiseñor en medio de la borrasca.

Casi niño todavía, Abderramen amaba perdidamente á su prima Habiba (Amada,) hija del Califa Soliman. Pero suspiraba en vano. La viuda de Soliman se oponía al matrimonio, y le daba á entender que por nada cedería. Entónces él compuso estos versos, donde el sentimiento de la dignidad herida, se manifiesta al lado de un amor profundo:

¡Siempre pretextos para no concederme mi demanda, pretextos contra los cuales se rebela mi dignidad! Su ciega familia quiere obligarla á que se me niegue, ¿pero puede la luna negarse al sol? ¿Cómo la madre de Habiba que conoce mi mérito, puede no quererme por yerno?

Yo amo mucho, sin embargo, á esta jó-  
jen hermosa y cándida de la familia de Abd-Chamz, que lleva una vida tan retirada en el haren de sus padres; yo la he prometido servirla como esclavo toda mi vida, y le he ofrecido mi corazón por dote...

Como el gavilan cae sobre la paloma que despliega sus alas, yo me hé lanzado desde que la ví, sobre esta paloma de los Abd-Chamz; yo que soy de su misma ilustre familia.

¡Cuán bella es! Las pléyades la envidian la blancura de sus manos, y la Aurora está celosa del brillo de su cuello.

Tú has impuesto á mi amor un ayuno muy largo ¡oh amada mia! ¿que te había de suceder si me permitieras romperlo?

En tu casa busco remedio á mis males: en tu casa, sobre la cual quiera Dios repartir sus bendiciones. Allí es donde mi corazon hallaría alivio á mis penas; allí es donde se extinguiría el fuego que me devora.

Si me rechazas, prima mia, te juro que rechazas á un hombre que es tu igual por su nacimiento, y que por el amor que le has inspirado, tiene un velo delante de sus ojos.

Pero no desespero de poseerla un dia y llegar así al colmo de mi gloria, porque sé manejar la lanza cuando los caballos negros parecen rojos á fuerza de sangre; honro y respeto al extranjero que se ha abrigado bajo mi techo, y colmo de beneficios al desdichado que apela á mi generosidad. Ninguno en su familia merece poseerla mas que yo, porque ninguno me iguala en reputacion ni en gloria. Tengo todo lo que

es menester para agradarla: juventud, urbanidad, dulzura y elocuencia.

Se ignora cuáles eran los sentimientos de Habiba, respecto al jóven, los escritores árabes nos han dejado en la incertidumbre y en la vaguedad, acerca de esta bella y fugitiva aparicion, de que la fantasía desearía diseñar los rasgos. Ella, sin embargo, no parece haber sido insensible á los homenajes de Abderramen. Habléndole encontrado un dia, sus ojos se bajaron ánte las miradas de fuego del príncipe, ruborizóse, y en su turbacion se olvidó de devolverle su saludo. Abderramen interpretó equivocadamente esta falta aparente de urbanidad, que en realidad no era mas que púdica timidéz y compuso este poema:

Salud á la que no se ha dignado dirigirme ni una sola palabra; salud á la graciosa gacela cuyas miradas son otras tantas flechas que me traspasan el corazon. Jamás ¡ay! me envía ella su imágen para calmar la agitacion de mis sueños. ¿Nó sabes tú, cuyo nombre es tan dulce de pronunciar, que te amo sobre todo enca-

recimiento, y que sería para tí el amante mas fiel del mundo? (1)

No parece que obtuvo nunca la mano de Habiba y en general no fué feliz en sus amores. Verdad es que otra hermosa no fué esquivada para él; pero mas adelante le faltó á la fé prometida; testigo estos versos que le dirigió:

¡Ay! ¡Cuan largas son las noches desde que prefieres á mi rival! ¡Oh hermosa gacela, tú que has faltado á tus juramentos y que me has hecho traicion, ¿has olvidado aquellas noches que hemos pasado juntos en un lecho de rosas? El mismo chal ceñía entónces nuestras espaldas, nos entrelazábamos, como se entrelazan las perlas de un collar, nos abrazábamos como se abrazan las ramas de los árboles, nuestros dos cuerpos no formaban mas que uno, mientras que las estrellas parecian puntos de oro que brillaban en campo azul. (2)

El jóven Abderramen tenía un amigo que

---

(1) Ibn-al-Abbar, p. 165, 166. El man. de Ibn-Bassam, (t. I, fól. 11 r. y v.) nos ha servido para corregir algunas faltas en estos textos.

(2) Maccari, t. I, p. 285; variantes en Ibn-Bassam, t. I, fól. 11 v. 12 r.

se le parecía en muchas cosas y á quien hizo su primer ministro; Alí-ibn-Hazm. Sus abuelos que habitaron en el término de Niebla, fueron cristianos hasta que su bisabuelo (Hazm) abrazó el islamismo; pero él avergonzado de su origen y queriendo borrar la huella, renegaba de sus abuelos. Lo mismo que su padre (Ahmed) que había sido visir en tiempo de los Amiridas, pretendía descender de un Persa emancipado por Yezid, hermano del primer Califa Omeya Moawia, (1) y para la religion de sus padres no tenía mas que un soberano desden. «Nunca debemos admirarnos de la supersticion de los hombres, dice en algun lugar de su Tratado sobre las Religiones. Los pueblos mas numerosos y mas civilizados, están sugetos á ella. ¡Ved los Cristianos! Son tan numerosos, que solo su Creador puede contarlos; hay entre ellos sábios ilustres, y príncipes de rara sagacidad, y sin embargo, creen que uno es tres y tres son uno; que uno de los tres es el padre, el otro el hijo, y el tercero el espíritu; que

---

(1) Véase mi catálogo de los man. orient, de la Bib. de Leiden, t. I, p. 227.

el padre es el hijo y que no es el hijo; que un hombre es Dios y que no es Dios; que el Mesías es Dios enteramente, y que sin embargo, no es el mismo que Dios; que el que ha existido de toda eternidad ha sido creado. La secta que se llama de los Jacobitas, y que comprende centenas de millares, crée tambien que el Creador ha sido azotado, abofeteado, crucificado y muerto; en fin, que el universo ha estado privado duramente tres dias de aquel que lo gobierna!....» (1) Estos sarcasmos, por lo demás, no son de un escéptico, sino de un musulman muy celoso. Ibn-Hazm, sostenía en religion el sistema de los Dhahiritas, secta que se atenía estrictamente á los textos, y que llamaba la decision por analogía, es decir, á la intervencion de la inteligencia humana en las cuestiones de derecho canónico, una invencion del diablo. En política estaba por la dinastía legitima, de la que había llegado á ser cliente, gracias á una falsa genealogía, y los Omeyas no tenían servidor mas leal, mas adicto, ni mas entusiasta. Cuando

---

(2) Ibn-Hazm, «Tratado de las Religiones,» fól. 227 r.

do su causa parecía perdida irrevocablemente, cuando Alí-Ibn-Hammud ocupaba el trono, y hasta el mismo Khairan, jefe del partido eslavo, lo había reconocido, fué de los pocos que no perdieron el ánimo. Cercado de enemigos y de espías, continuó sin embargo, intrigando y conspirando, porque como es propio de los espíritus entusiastas, la prudencia le parecía cobardía. Khairan descubrió sus manejos, y haciéndole expiar su celo intempestivo con muchos meses de prision, lo condenó al destierro. Ibn-Hazm se fué entónces con el gobernador del castillo de Aznalcázar, no léjos de Sevilla, y allí estaba todavía cuando supo que el Omeya Abderramen IV, Mortadha, había sido proclamado Califa en Valencia. Embarcóse al punto para ir á ofrecerle sus servicios y combatió heroicamente en la batalla que Mortadha perdió por la traicion de sus pretendidos amigos; pero habiendo caido en manos de los Berberiscos vencedores, no recobró la libertad, sino muy tarde. (1)

Tiempo llegará en que Ibn-Hazm llegue

---

(1) Véase mi Catálogo, t. I, ps. 225, 230.

á ser el sábio mas grande de su época, y el escritor mas fecundo que España haya producido nunca. Pero por el pronto era ante todo poeta, y uno de los poetas mas graciosos que tuvo la España árabe. Estaba todavía en la edad feliz de las ilusiones, pues no tenía mas que ocho años mas que su jóven soberano. Había tenido tambien su novela de amor; novela muy sencilla por lo demás, pero que cuenta con tanto candor, delicadeza y gracia, que no podemos resistir á la tentacion de reproducirla con sus propias palabras. Nos vemos, sin embargo, obligados á suprimir algunas metáforas atrevidas, algunos adornos, algunas lantejuelas que en la opinion de un árabe, dan al discurso inimitable gracia, pero que toleraría dificilmente la sobriedad de nuestro gusto.

«En el palacio de mi padre, dice Ibn-Hazm, había una jóven que recibía allí su educacion. Tenía diez y seis años y no había mujer que la igualara en belleza, en inteligencia, en pudor, en recato, en modestia y en amabilidad. Las chanzas y los galanteos la enfadaban y hablaba poco. Nadie se atrevía á elevar sus deseos hasta ella, y sin embargo, su belleza conquis-

taba todos los corazones; porque aunque altiva y avara de sus favores, era mas seductora que la coqueta mas refinada. Era séria y no gustaba de las diversiones frívolas, pero tocaba el laud de un modo admirable.

Yo era entónces muy jóven y no pensaba mas que en ella. La oia hablar algunas veces, pero siempre en presencia de otras personas, y durante dos años había buscado, en vano, la ocasion de hablarla sin testigos. Un dia, había en nuestra casa una de esas fiestas que son frecuentes en los palacios de los grandes, y á la que habian sido invitadas las mujeres de la casa, las de la de mi hermano, y en fin las de nuestros clientes y servidores mas considerados. Despues de haber pasado parte del dia en palacio, las señoras fueron al berveder, desde donde se disfrutaba una magnífica vista de Córdoba y de sus alrededores, y se colocaron donde los árboles de nuestro jardin no quitaban la vista. Yo estaba con ellas y me aproximé al alfeizar donde «ella» se encontraba; pero en cuanto me vió á su lado, corrió con graciosa rapidéz hácia otro alfeizar. La sigo, y se me escapa de nuevo. Ella conocía muy bien

mis sentimientos respecto á su persona, porque las mujeres tienen mas sutileza para adivinar el amor que les profesan, que el Beduino que viaja de noche por el desierto, para reconocer las trazas del camino; pero felizmente, las otras damas no se apercebieron de nada, porque ocupadas en buscar el mejor punto de vista, no fijaban su atencion en mí.

Habiendo luego bajado las damas al jardin, rogaron á la señora de mis pensamientos que cantara alguna cosa, y yo apoyé su demanda. Ella tomó entónces su laud y se puso á templanlo, con un pudor que doblaba sus gracias á mis ojos, y luego cantó estos versos de Abbas, hijo de Almaf:

Yo no pienso mas que en mi sol, en la jóven ligera y flexible que hé visto desaparecer tras las sombrías murallas de palacio. ¿Es una criatura humana? ¿Es un génio? Es mas que una criatura humana, pero si tiene toda la belleza de un génio, no tiene su malicia. Su cara es una perla, su talle es un narciso, su aliento un perfume, y toda ella una emanacion de luz. Cuando se la vé vestida con su ropa amarilla, marchar con ligereza inconcebible, se

diría que puede poner los pies sobre las cosas mas frágiles, sin romperlas.

Mientras que ella cantaba, no eran las cuerdas del laud las que hería con el plectro, sino mi corazón. Jamás este delicioso día se borrará de mi memoria, y hasta en mi lecho de muerte yo lo recordaré. Pero desde entonces yo no he escuchado su dulce voz, ni siquiera la he visto.

No la censuro, decía yo en mis versos, si me evita y me huye no son censuras lo que merece. Bella es como la gacela y como la luna, pero la gacela es tímida, y no es dado á un mortal alcanzar la luna.

Me privas de la dicha de escuchar tu suave voz, decía yo también, y no quieres que mis ojos contemplen tu belleza. Absorta en tus piadosas meditaciones, entregada á Dios, no piensas en los mortales. ¡Cuán feliz Abbas, cuyos versos has cantado! Y sin embargo, si te hubiera oído, estaría triste el gran poeta, envidia te tendría como á su vencedor, porque, cantando sus versos, les has dado un sentimiento de que nunca tuvo idea.

Tres dias despues que Mahdi fué declarado Califa, dejamos nuestro nuevo palacio, que estaba en el barrio oriental de Córdoba, esto es, en el arrabal llamado de Zahira, para establecernos en nuestro antiguo palacio situado en el barrio occidental, en el Balat-Moghith, pero por razones que es escusado poner aquí, la jóven no se vino con nosotros. Habiendo vuelto luego á subir al trono Hixem II, los que estaban entónces en el poder nos hicieron caer en desgracia, nos sacaron sumas enormes, nos pusieron en prision, y cuando recobramos la libertad tuvimos que escondernos. Vino la guerra civil. Todo el mundo tuvo que padecer, pero nuestra familia mas que ninguna otra. Mi padre murió entretanto, el Sábado 21 de Junio de 1012 y nuestra suerte no se mejoró. Pero un dia en que yo asistía á los funerales de uno de mis parientes, conocí á la jóven entre las plañideras. Yo tenía muchos motivos de tristeza aquel dia, todas las desgracias, parecian llover sobre mí, y sin embargo, cuando la volví á ver, me figuraba que el presente con sus miserias desaparecería como por encanto: ella me recordaba lo pasado, mi amor de jóven, mis hermosos dias mar-

chitos, y por un momento me encontré joven y feliz como otras veces. Pero ¡ay! este instante fué muy corto, y vuelto de nuevo á la triste y sombría realidad, mi dolor agravado con el sufrimiento que me causaba un amor sin esperanza, se hizo mas penetrante y más agudo.

Ella llora á un muerto, á quien todo el mundo honraba y respetaba, decía yo en unos versos compuestos en esta ocasion, pero el que vive todavía tiene mas derecho á sus lágrimas. ¡Cosa admirable! Ella se duele del que ha muerto natural y dulcemente, y no tiene piedad para el que hace morir de desesperacion.

Poco tiempo despues, cuando las tropas berberiscas se apoderaron de la capital, fuimos sentenciados al destierro y yo dejé á Córdoba á mediados de Julio de 1013. Pasaron cinco años, durante los que no volví á ver á la jóven. En fin, cuando volví á Córdoba en Febrero de 1018, fui á parar á casa de una de mis parientas y la encontré allí. Pero estaba tan cambiada, que apenas hubiera podido reconocerla, si no me hubieran dicho que era ella. Aque-

lla flor que ántes contemplaba con enagenamiento y que todos hubieran querido coger, si el respeto no los hubiera detenido, estaba ya marchita, apenas quedaban en ella algunos rasgos que atestiguaran que había sido bella. Es que durante aquellos tiempos desastrosos, no había podido cuidar de sí. Educada bajo nuestro techo, en medio del lujo, se había visto obligada repentinamente á ganarse su vida con un trabajo continuo. ¡Ay! las mujeres son flores muy frágiles; cuando no se las cuida, se marchitan. Su belleza no resiste, como la de los hombres, á los ardores del sol, al simun, á la intemperie de las estaciones, á la falta de comodidades. Sin embargo, tal como era me hubiera hecho todavía el mas feliz de los mortales si hubiera querido dirigirme una palabra tierna, pero permaneció indiferente y fria, como lo había sido siempre para mí. Poco á poco esta frialdad comenzó á apartarme de ella; la pérdida de su belleza acabó de hacerlo.

Nunca le he censurado nada, ni hoy se lo censuro. No tengo derecho á ello. ¿De qué me puedo quejar? Yo podría quejarme si ella me hubiera entretenido con alguna esperanza engañadora, pero jamás me dió

la menor esperanza, nunca me prometió nada.» (1)

En el relato que acaba de leerse, se habrán notado sin duda rasgos de una sensibilidad esquisita y poco comun entre los Árabes que prefieren generalmente las gracias que atraen, los ojos que agasajan, la sonrisa que anima. El amor que sueña Ibn-Hazm, tiene una mezcla de atractivo físico sin duda.—El objeto deseado cuando ya no es lo que era, hace que el sentimiento sea menos cruel, pero hay tambien inclinacion moral, delicada galantería, estimacion, entusiasmo y lo que le encanta es una belleza tranquila, modesta, llena de dulce dignidad. Pero conviene no olvidar que este poeta, el mas casto y estoy tentado por decir el mas cristiano entre los poetas musulmanes, no era árabe de pura sangre. Biznieto de un español cristiano, no había perdido enteramente la manera de pensar y de sentir propia de su raza. Podían estos españoles arabizados, renegar de su origen, invocar á Mahoma en lugar de Cristo y

---

(1) Ibn-Hazm, «Tratado sobre el amor,» fól. 99 r. 102 v.

perseguir con sarcasmos á sus antiguos cor-  
religionarios, pero quedaba siempre en el  
fondo de su alma algo de puro, de delica-  
do y de espiritual que no era árabe.

---

---

## XVIII.

Apenas habían pasado siete semanas desde que los Cordobeses habían elegido á Abderramen V y que este había nombrado primer ministro á Ibn-Hazm, cuando ya el uno había dejado de vivir y el otro despidiéndose para siempre de la política y de las grandezas mundanas, buscaba el consuelo y el olvido de lo pasado en el estudio, en el silencio y en la oracion. Y no porque se les puede censurar de que trajeran á los necios sérios la vanidad y los caprichos que el público cree privilegio de los poetas; por el contrario, se les reconocía de buen grado gran aptitud para el gobierno. Educados

en la ruda escuela del infortunio y del desierto habían aprendido bien pronto á conocer á los hombres y á comprender y á juzgar los hechos pero estaban rodeados de todo género de peligros. Abderramen no se apoyaba mas que en la jóven nobleza. Además de Alí ibn-Hazm, un primo de este llamado Abd-al-wahhab ibn-Hazm, y Abu-Amir ibn-Chohaid eran sus habituales consejeros. Eran hombres de ingenio y de talento, pero que chocaban á los musulmanes rígidos por la libertad de sus opiniones religiosas. En cuanto á los patricios de mas edad, habían querido votar á Soliman y habiendo sido desechado este candidato por la mayoría, habían intrigado tan abiertamente en su favor que Abderramen se había visto obligado á prenderlos. Las personas sensatas aprobaban esta medida, porque la creían necesaria, pero la aristocracia estaba descontenta. Se le censuraba además al monarca que retuviera prisioneros á sus dos competidores. Los trataba amigablemente, es verdad, pero no les permitía salir de palacio. Por otra parte, como las desgracias públicas habían agotado casi todas las fuentes del trabajo, había una multitud de obreros sin ocupacion que es-

taban siempre prontos á echar abajo con su hacha todo el edificio de la antigua sociedad. Y desgraciadamente estas cohortes de destruccion tenían un jefe. Era un Omeya que se llamaba Mohamed. Cuando se constituyeron las juntas para elegir monarca había esperado que la eleccion cayera en él. Sin embargo, su nombre no fué siquiera pronunciado, lo que no tiene nada de extraño pues que era un hombre sin instruccion, sin talento, sin cultura y que no conocía mas placeres que los de la mesa y los del libertinaje. Pero él no se juzgaba así y cuando supo que nadie se había acordado de él y que se había dado el trono á un hombre muy jóven, su furor no tuvo límites. Sirvióse entónces de la influencia que tenía sobre los obreros, que tomaban su grosería por bondad y con los que vivía en una intimidad tan estrecha que, un tejedor llamado Ahmed ibn-Khalid era su mejor amigo. Fuerte y hábilmente secundado por este hombre, Mohamed estimuló en los obreros la pasion del robo y de la rebeldía y lo preparó todo para una insurreccion formidable.

Una coalicion del populacho con los patricios que habían sido presos, no parecía

al principio de temer, puesto que cada uno tenía candidato diferente; pero habiendo muerto Soliman, los patricios consintieron en aliarse con los demagogos. Uno de aquellos, Ibn-Imran, les sirvió de intermediario. En su imprevisora bondad le había devuelto la libertad Abderramen V, aunque uno de sus amigos se hubiera opuesto á ello diciéndole: «Si este Ibn-Imran da un paso fuera de la prision, acortará todo un año vuestra vida.» En efecto, era un hombre muy peligroso. Trató de ganarse á los jefes de la guardia y lo consiguió tanto más fácilmente, cuanto que la guardia estaba descontenta del Califa. Dos dias ántes había llegado á Córdoba un escuadron berberisco, para ofrecer sus servicios al monarca y este que veía que, rodeado de peligros de toda especie, tenía necesidad de soldados, había aceptado su oferta. Esto fué lo que escitó los celos de la guardia que estimulada por Ibn-Imran, se dirigió entónces al pueblo. «Nosotros somos los que hemos vencido á los Berberiscos, decían los soldados, nosotros los que los hemos echado y ahora este hombre que nosotros hemos colocado en el trono, trata de traerlos de nuevo á la ciudad y someternos otra vez á su detesta-

ble yugo.» El pueblo que no esperaba mas que una ocasion para insurreccionarse se dijó fácilmente seducir con estas instigaciones y cuando Abderramen no se había apercebido todavía de nada ya la multitud había invadido su palacio y libertado á los nobles que había hecho prender. El infeliz monarca comprendió al punto que era su vida lo que querían. Pidió consejo á sus visires, pero estos que temían por su propia existencia, deliberaban aun acerca del partido que debía tomarse, cuando les gritaron los guardias que nada tenían que temer siempre que dejasen abandonado á Abderramen á su suerte. Entónces triunfó el egoismo en la mayor parte y abandonaron furtivamente al monarca uno en pos de otro. Pronto sin embargo, conocieron que eran falaces las promesas de los guardias, por que muchos de ellos, como el prefecto de la ciudad, fueron muertos cuando salían de palacio por la puerta de la sala del baño.

Tambien Abderramen, que había montado á caballo, quiso salir por esta misma puerta, pero se lo impidieron los guardias presentándole la punta de sus lanzas y llenándolo de injurias. Volvió entónces piés atrás y habiéndose bajado del caballo entró

en la sala del baño, donde se quitó sus vestidos á escepcion de su túnica y se ocultó en la estufa.

En este entretanto, el pueblo y los guardias ojeaban á los Berberiscos como si fueran fieras. Estos infelices fueron muertos donde quiera que habían buscado un refugio, en palacio en la sala del baño y en la mezquita. Las mugeres del serrallo de Abderramen cayeron en suerte á los guardias que se las llevaron á sus casas.

Mohamed triunfaba. Proclamado Califa en la sala en que el Califa destronado estaba oculto, fué al salon y se sentó sobre el trono, rodeado de los guardias y del populacho. Sin embargo, su posicion era precaria mientras que viniera su predecesor. Mandó pues, que lo buscaran por todas partes y cuando lo encontraron lo hizo matar, (18 de Enero de 1024.)

Mohamed, tomó el título de Mostacfi y trató de hacerse popular repartiendo dinero y títulos á todos los que los pedían; pero la cólera de la clase media y de la nobleza, llegó al extremo cuando nombró primer ministro á su amigo el tejedor. Por lo demás, su reinado no fué de larga duracion. Como se comprende gobernó mal.

Sabiendo que se conspiraba contra él, hizo meter en la cárcel á muchos individuos de su familia y hasta mandó estrangular á uno de ellos, lo que causó gran indignacion en Córdoba. Hizo tambien prender á los principales consejeros de su predecesor tales, como los dos Ibn-Hazm, y á fin de no participar de la misma suerte Abu-Abu-Amir ibn-Chohaid y muchos otros abandonaron la capital y se fueron á Málaga con el Hammudita Yahya, á quien excitaron á poner término á la anarquía que reinaba en Córdoba. (1) Las tentativas que hicieron con este fin, no fueron enteramente infructuosas. Se supo por lo menos en Córdoba que Yahya se preparaba á venir á atacar la ciudad, y estalló un motin (Mayo de 1025). El visir de Mohamed II, el antiguo tejedor, fué muerto á puñaladas por el pueblo, que en su ira brutal no dejó de herirlo hasta que su cadáver estuvo enteramente frio. En cuanto á Mohamed II, su palacio fué cercado y los guardias vinieron á decirle: «Bien sabe Dios que hemos hecho todo lo que

---

(1) Véase Ibn-Bassam, t. I, fól. 82 v.

podíamos por mantener vuestro poder, pero ahora vemos que hemos intentado lo imposible. Tenemos que salir á combatir á Yahya que nos amenaza y tememos no os pase algo malo en cuanto nos hayamos ido. Os aconsejamos, pues, que salgais en secreto de la ciudad.» Viendo que todo estaba perdido para él, Mohamed resolvió seguir sus consejos, y poniéndose el traje de una cantadora, y cubriéndose el rostro con un velo, salió de palacio y de la ciudad, acompañado de dos mujeres, yendo á ocultar su vergüenza á un oscuro lugar de la frontera, donde fué envenenado por un oficial demasiado comprometido para no haberse visto obligado á seguirlo, pero á quien fastidiaba estar encadenado á un proscrito, (1)

Durante seis meses, no hubo monarca en Córdoba. La ciudad fué gobernada mal que bien, por el consejo de Estado, pero semejante situacion no podía prolongarse mucho tiempo. Un dia será preciso llegar ahí,

---

Ibn-Haiyan, «apud» Ibn-Bassam, t. I. fól. 9 r. -11 r., 114 r.-115 r.; Ibn-al-Athir; Maccari t. I, p. 319, 320; Abd-al-Wahid, p. 38-40; Rodrigo de Toledo, c. 44.

pero el momento no había llegado todavía; lo antiguo se hundía, pero lo nuevo no estaba mas que en ensayo. Á los hombres sensatos les parecía aún la monarquía la única forma de gobierno que fuera compatible con el orden, ¿pero en quién restablecerla? ¿En un Omeya? Se quiso, se intentó, se eligió el mejor príncipe que había en esta casa, cuando se dió el trono á Abderramen V, y sin embargo, la empresa se había frustrado por completo. Para mantener el orden, para contener al populacho, siempre inquieto, siempre agitado, y pronto siempre á la sedicion, al pillaje y al asesinato, era preciso un príncipe que dispusiera de tropas extranjeras, y los Omeyas no las habia. Entónces se pensó en volver el trono al Hammudita Yahya, del que no tenian mucho de qué quejarse, y esta idea no la tuvieron, á nuestro parecer algunas personas mal intencionadas, como dá á entender un autor arábigo, (1) sino todo el partido de orden que no veia otro medio de salvacion. En-

---

(1) Homaidi, á quien todos los demás escritores árabes han copiado.

tróse, pues en negociaciones con Yahya, que residía en Málaga. Este, aceptó la oferta de los Cordobeses, sin entusiasmo, casi con indiferencia y desconfiando de la movilidad habitual de los que la hacían, y sabiendo además que para ellos no era mas que una mala andanza, se quedó donde estaba y se limitó á enviar á Córdoba á un general berberisco con algunas tropas. (Noviembre de 1025).

Los sucesos mostraron que había obrado con prudencia. Los habitantes de la capital no tardaron en disgustarse de la dominación africana, y prestaron atento oído á los emisarios de los señores Eslavos del Este, Khairan de Almería, y Modjahid de Denia, que les decían que si querían emanciparse de ella, sus señores les ayudarían. No fué vana esta promesa. En el mes de Mayo del año 1026, cuando los ánimos les parecieron estar suficientemente preparados, marcharon ambos príncipes hácia la capital con numerosas tropas, y los Cordobeses se insurreccionaron, echando al gobernador que Yahya les había puesto, despues de matarle gran número de soldados. Hecho esto, abrieron las puertas á Khairan y Modjehid, pero cuando se tra-

tó de constituir gobierno, los príncipes se desavinieron y como Khairan temía que su aliado le hiciera traicion, se apresuró á volverse á Almería. (12 de Junio). Modjaid se quedó todavía algun tiempo en la capital, pero tambien la abandonó sin haber restablecido la monarquía. Despues de su partida, los del consejo de Estado resolvieron hacerlo, aunque una triste experiencia debió haberles enseñado que iban á intentar un imposible. Un príncipe Omeya, lanzado sin el apoyo de tropas extranjeras en medio de dos clases irreconciliables, estaba condenado de antemano á sucumbir, ya por una insurreccion popular, ya por una conspiracion de los patricios. Para restablecer un gobierno estable, el llamamiento de los Omeyas no era, pues, mas que un medio engañoso, pero era el único que los más hábiles sabian imaginar. Abu-'l-Hazm ibn-Djahwar que era entonces el mas influyente en el consejo, acariciaba sobre todo esta idea. Concertóse pues, con los jefes de las fronteras que pasaban por pertenecer al partido Omeya ó Esclavo, pero que á decir verdad no tenian entre sí de comun mas que un ódio profundo á los Berberiscos, y despues de largas

negociaciones, algunos de estos señores dieron al fin su asentimiento al proyecto, probablemente porque estaban convencidos de que no había ninguna probabilidad de que se lograra, y se resolvió dar el trono á Hixem, el hermano primogénito de Abderramen IV, Mortadha. Este príncipe vivía en Alpuente, donde se había refugiado despues de la muerte de su hermano. En el mes de Abril de 1027, los habitantes de Córdoba le prestaron juramento, pero todavía se pasaron cerca de tres años ántes que se allanaran todas las dificultades, durante cuyo tiempo Hixem III, apellidado Motadd, (1) andaba errante de ciudad en ciudad, porque muchos jefes se oponian á que entrara en Córdoba. (2) Los Cordobeses supieron al fin que iba á llegar. Los miembros del consejo de Estado hicieron en seguida los preparativos necesarios para recibirlo con pompa, pero ántes de que se hubieran acabado se tuvo noticia (el 18 de Diciembre de 1029) de que Hixem iba á entrar en la ciudad.

---

(1) O Motamid, segun otros.

(2) Abd-el-wahid, p. 40 y 41.

Las tropas salieron á su encuentro y por toda la ciudad resonaron gritos de alegría. La multitud llenaba las calles por que el príncipe iba á pasar, y se esperaba verle desplegar un aparato magnífico y verdaderamente régio. Esta esperanza se desvaneció: Hixem venía montado en un mal caballo pobremente equipado, y traía sencillos vestidos, poco en armonía con la dignidad califal. No tuvo, pues, ningún prestigio; sin embargo, el pueblo le saludó con ardientes aclamaciones de júbilo, porque se esperaba que ya se habían acabado los desórdenes y que iba á renacer un gobierno equitativo y vigoroso.

Hixem III no había sido hecho para realizar tales esperanzas. Bueno y dulce, era al mismo tiempo débil, irresoluto, indolente, y no sabía apreciar mas que los placeres de la mesa. Desde el día siguiente, pudieron convencerse los patricios de que no habían hecho una feliz elección. Hubo entónces una gran audiencia en la sala del trono, y todos los empleados fueron presentados al Califa, pero no acostumbrado á las recepciones, ni á las arengas, apenas pudo este anciano balbucear algunas palabras y uno de los grandes dignatarios

tuvo que contestar en su nombre. Luego cuando los poetas recitaron las odas que habian compuesto con ocasion de su advenimiento al trono, no supo dirigirles ninguna frase gratulatoria y hasta pareció que no entendía lo que se le recitaba.

El estreno del Califa había ya disipado toda ilusion, pero todavía fué peor cuando poco despues nombró á Haquem ibn-Said su primer ministro. Cliente de los Amiridas, Haquem había trabajado primero en el oficio de tejedor, en la capital, y esta fué la causa de haber hecho conocimiento con Hixem, porque los príncipes Omeyas entablaban muchas veces relaciones con las clases bajas, cuyo apoyo buscaban. Mas tarde, durante la guerra civil, Haquem se había hecho soldado, y como no parece que carecía de bravura ni de talentos militares, había subido rápidamente en graduacion, y se había ganado el afecto de los señores de las fronteras con quienes servía. Habiendo sido Hixem proclamado Califa, fué á verlo y recordándole su antigua amistad, supo insinuarse tan bien que no tardó en dominarlo enteramente. Nombrado primer ministro, tuvo buen cuidado de que la mesa del monarca tuviera

todos los días los manjares mas esquisitos y los mejores vinos; lo rodeó de cantadoras y de bailarines; trató en una palabra de hacerle la vida lo mas dulce posible, y al débil Hixem, indiferente á todo lo demás, y hasta considerándose dichoso con no tener que mezclarse en negocios que le fastidiaban, le abandonaba de buen grado el gobierno del Estado.

Haquem se encontró el tesoro vacío. Para subvenir á los gastos, era preciso hallar ingresos mas considerables y mas pronto que los que la ley le otorgaba, ¿pero de donde sacarlos? No había que pensar en pedir nuevas contribuciones, hubiera sido el medio mas seguro de hacerse impopular. El ministro tuvo que recurrir á diversos expedientes, pocos honrosos en verdad, pero que la necesidad exigía. Habiendo descubierto algunos objetos preciosos que los hijos de Mudhaffar el Amirita, habían depositado en casa de sus amigos, se apoderó de ellos y obligó á los principales negociantes á tomarlos á un precio elevadísimo. Forzóles tambien á comprar el plomo y el hierro que provenía de los palacios reales, demolidos durante la guerra civil. Pero el dinero adquirido de este modo no bastaba y conce-

dió su confianza á un faquí odiado y desacreditado llamado Ibn-al-Djaijar que ya ántes había indicado al Califa Alí ibn-Hammud medios eficaces, pero vergonzosos, para llenar el tesoro. Todavía esta vez supo proporcionar á Haquem ingresos considerables á espensas de las mezquitas. Este hecho fraudulento no permaneció oculto y los Cordobeses y sobre todo los faquies murmuraron. No habia, sin embargo, mucho tiempo que los faquies que tenían asiento en el tribunal, habían dejado que les aumentaran los sueldos aunque no ignoraban que el dinero que se les daba provenía de contribuciones ilegales y que por consiguiente no les era lícito aceptarlo. Así, que Haquem se indignó de la hipocresía de los faquies y les respondió lanzándoles un manifiesto fulminante. Abu-Amir ibn-Chohaid que lo había compuesto lo leyó en público primero en palacio y en seguida en la mezquita (Junio de 1030.) Vivamente ofendidos trataron los faquies de hacer participante de su cólera, al pueblo pero como las masas no parece que tenían graves motivos de queja no lo consiguieron. Por su parte el gobierno redobló el rigor. Un visir que había entrado en un complot fué ejecutado, é

Ibn-Chohaid quería que se tratara sin misericordia á los «grandes bonetes» como los llamaba. «No presteis atencion á las declamaciones de esa gabilla de avaros que bien merecen que se les robe, decía en una composicion en verso dirigida al Califa y dejad á mi lengua de basilisco el cuidado de decirles lo que son.»

Si Haquem no hubiera tenido contra sí mas que los teólogos, se hubiera mantenido en el poder, porque en este tiempo tenían poco crédito para perjudicarlo, pero tenía enemigos mucho mas poderosos: casi toda la nobleza le era hostil. Lo bajo de su nacimiento era á los ojos de los patricios una mancha indeleble. Ellos veían en él no un soldado de fortuna, sino un tejedor y lo colocaban casi en la misma línea que al primer ministro de Mohamed II, aun cuando hubiera gran diferencia entre ambos, no habiendo sido nunca el uno mas que un obrero y habiendo pasado el otro los mejores años de su vida en los campamentos ó en la córte de los príncipes de la frontera. Poco escrupulosos en los medios de llenar el tesoro, fácilmente hubieran perdonado á un hombre de su casta, las operaciones financieras á que el ministro se había visto

obligado á recurrir, pero como era un plebeyo quien las había hecho, las denunciaron al pueblo desde que las huzmaron y las explotaron en provecho de su ódio. Este ódio por lo demás dañaba á sus propios intereses. Haquem, al principio no había sentido repugnancia para ellos y no los había escludido intencionadamente; prueba, que había hecho del patricio Ibn-Chohaid su amigo y su confidente, pero como veía que no correspondían á estos preliminares mas que con el desden y con el desprecio, como no encontraba entre ellos mas que mala voluntad, repulsion y hostilidad abierta, su susceptibilidad fué herida y buscó sus empleados entre los plebeyos. Aquellos á quienes confiaba los empleos, tenían anticipadamente la reprobacion de la nobleza que no dejaba de decir que el ministro no colocaba mas que á jóvenes tejedores sin esperiencia, á libertinos sin religion, que no se ocupaban mas que de vino, de flores y de trajes, que lucían sus agudezas á espensas de las gentes mas respetables y se burlaban de los infelices que venían á pedirles justicia.» Á Haquem lo declaraban un intrigante sin capacidad, un capitan sin valor, un buen gnete y nada mas. Acaso los cega-

ba el ódio, pero lo cierto es, que para hacer caer al que odiaban recurrieron á los medios mas odiosos.

Trataron primero, de lanzar al pueblo á la rebelion diciéndole que, la paralización del comercio (cuya verdadera causa eran las calamidades públicas,) no debía ser imputada mas que á los derechos que el ministro había impuesto sobre muchas mercancías. Estos discursos produjeron sus frutos y algunos hombres del pueblo prometieron á los nobles ir á atacar la casa del ministro, pero este avisado á tiempo por uno de sus amigos, dejó su palacio y, habiéndose instalado en el del Califa abolió los impuestos de que se quejaban y dirigió al pueblo un largo manifiesto en el que le decía que no había establecido estos derechos sino para satisfacer necesidades apremiantes del tesoro, pero que adelante trataría de componerse sin ellos. Habiendo cesado el pueblo de murmurar, recurrieron los nobles á otro medio. Como Haquem tenía poca confianza en los soldados andaluces, que estaban á devoción de los patricios, trató de formar compañías berberiscas. (1)

---

(1) Véase Ibn-al-Athir.

Los Andaluces murmuraban y los nobles no dejaron de fomentar su descontento, pero apercibiéndose Haquem de lo que se tramaba contra él, tomó medidas eficaces para mantener á los soldados en la obediencia y castigó á los cizañeros reteniéndoles la paga. Entónces, intentaron los patricios hacerlo caer en desgracia de Hixem. Tampoco lo consiguieron: Haquem tenía mas influencia que ellos en el ámino del débil monarca y les fué prohibida la entrada en palacio. Solo el presidente del consejo de Estado, Ibn-Djahwar, conservaba cierta influencia sobre el Califa, que le miraba con un sentimiento de respeto mezclado de gratitud, pues, á él era á quien debía su trono ó mas bien su dorada ociosidad. Todos los esfuerzos de Haquem para hacer destituir á Ibn-Djahwar fueron inútiles; sin embargo, el ministro no se desanimaba, insistía sin cesar y se prometía vencer [al fin los escrúpulos del monarca. Ibn-Djahwar lo sabía, acaso se apercibía de que iba perdiendo terreno y desde entónces tomó su partido: era preciso acabar no solo con el ministro, sino tambien con la monarquía y entónces el consejo de Estado reinaría solo. No necesitó trabajar

mucho para convencer á sus cólegas de este proyecto. ¿Pero qué hacer para ganarse partidarios? Ahí estaba la dificultad; había muchos dispuestos á hacer todo lo necesario para destronar á Hixem III, pero en cuanto á sustituir una oligarquía al gobierno de uno solo, nadie, escepto los miembros del consejo parece haberlo imaginado siquiera, tan monárquicas eran aun las ideas y los sentimientos. Los consejeros creyeron, pues, prudente ocultar su juego y fingiendo querer solamente sustituir otro monarca á Hixem, entraron en negociaciones con un pariente del Califa, que se llamaba Omeya. Era este un jóven temerario y ambicioso, pero poco discreto. Los consejeros le dieron á entender que, si quería ponerse á la cabeza de la insurreccion, podría conquistar el trono. Sin sospechar que no era para ellos mas que un instrumento que tirarían en cuanto se hubieran servido de él, el jóven príncipe acogió ávidamente sus insinuaciones y como no economizaba el dinero, se ganó fácilmente á los soldados á quienes el ministro había retenido la paga. En Diciembre de 1031 (1)

---

(1) Véase á Ibn-Haiyan «apud,» Ibn-Bassam, t. I, fól. 157 r.

estos hombres se emboscaron y cayendo sobre Haquem cuando salía de palacio, lo tiraron al suelo y lo asesinaron antes que hubiera tenido tiempo de sacar la espada; luego le cortaron la cabeza y habiéndola lavado en el colador de la pescadería, por que la sangre y el barro la habían puesto desconocida, la pasearon clavada en la punta de una pica. Omeya vino entónces á dirigir el movimiento de los soldados y de la multitud que se había reunido á ellos, mientras que Hixem aterrizado por los horribles gritos que oía al rededor de su estancia, se subía á una alta torre, acompañado de las mugeres de su harem y de cuatro esclavos.

—¿Qué me quereis? gritó á los insurrectos que se apoderaban ya de palacio; yo no os hecho nada, si teneis algo de que quejaros, id á mi visir y os hará justicia.

—¿Á tu visir? respondieron de abajo, vamos á enseñártelo.

Y entónces Hixem vió en la punta de una lanza una cabeza horribilmente mutilada.

—¡Mira la cabeza de tu visir, le gritaron, de ese infame á quien tú has entregado el pueblo, miserable holgazan!

Mientras que Hixem trataba aún de apaciguar á estos hombres feroces que no le respondían sino con injurias y ultrajes, otra banda penetró hasta los departamentos de las mujeres, donde cojieron todo lo que valía la pena y donde se encontraron unas cadenas acabadas de hacer que se decia que Haquem había hecho fabricar para los nobles. Omeya estimulaba á los saqueadores con el ademan y la palabra. «Tomad, amigos míos, les decia, todas esas riquezas son vuestras; pero tratad tambien de subir á la torre y matad á ese infame.» Intentóse escalarla, pero en vano, porque la torre era muy alta. Hixem llamaba en su auxilio á los habitantes de la ciudad que no habían tomado parte en el saqueo, pero ninguno respondió á su llamamiento.

Entretanto, convencido Omeya de que los visires iban á reconocerlo por Califa, se había situado en el salon. Sentado en el sofá de Hixem, y rodeado de los principales, de aquellos bribones á quienes ya había conferido empleos, les daba sus órdenes, como si fuera ya Califa. «Tememos que os maten, le dijo uno de los que estaban allí, porque la fortuna parece haber abandonado á vuestra familia. —No im-

porta, le respondió Omeya, que me presenten hoy juramento, y que me maten mañana!» (1) El jóven ambicioso, no sabía lo que pasaba entónces en casa de Ibn-Djahwar.

Desde el principio de la sedicion, el presidente del consejo había estado deliberando con sus cólegas, á quienes había convocado á su casa, sobre las medidas que convenía tomar, y habiéndolo arreglado todo entre ellos, fueron á palacio, los consejeros, acompañados de sus clientes y de sus criados, todos bien armados. «¡Que cese el saqueo! gritaron: Hixem abdicará, nosotros os respondemos.» Sea que la presencia de estos altos dignatarios impusiera á la muchedumbre, sea que temiera venir á las manos con su escolta, ó sea por último que no hubiera ya gran cosa que robar, el órden se restableció poco á poco. «Rendíos y bajad de la torre, gritaron entónces los visires á Hixem; abdicaréis pero se os perdonará la vida.» Apesar suyo, Hixem tuvo que ponerse en sus manos, porque en la torre carecía de víveres. Bajó pues, los vi-

---

(1) Ibn-al-Athir, en el año 407.

sires lo hicieron llevar con sus mujeres á una especie de pasadizo que formaba parte de la mezquita mayor. «Mejor quisiera ser arrojado al mar que pasar por tantas tribulaciones; exclamó durante el trayecto. Haced de mí lo que queráis, pero os suplico que perdoneis á mis mujeres.»

Á la caída de la noche, convocaron los visires á los principales habitantes de Córdoba, y consultaron con ellos lo que había de hacerse con Hixem. Resolvieron hacerlo encerrar en una fortaleza que designaron y hacerlo partir sin demora. Algunos chaikhes quedaron encargados de ir á comunicar esta decision al prisionero.

Cuando llegaron al corredor, un triste espectáculo apareció á su ojos. Encontraron á Hixem sentado en las lozas y rodeado de sus mujeres que lloraban con los cabellos sueltos y casi desnudas. Con mirada triste y sombría trataba de abrigar en su seno á su hija única á quien amaba apasionadamente hasta el delirio. La pobre niña, demasiado jóven aun para comprender la terrible desgracia que había caído sobre su padre, tiritaba en aquel sitio mal oreado y húmedo, que el penetrante frio de la noche hacía mas glacial

todavía, y se moría de hambre, porque ya por olvido, ya por un refinamiento de crueldad, nadie se había cuidado de traer ningún alimento á esta desdichada familia.

Uno de los chaikhes tomó la palabra y dijo:

—Venimos á comunicaros, señor, que los visires y los notables reunidos en la Mezquita han decidido que vos...

—Bueno, bueno, le interrumpió Hixem; yo me someto á su decision, cualquiera que ella sea, pero os suplico que mandeis dar un pedazo de pan á esta pobre niña, que se está muriendo de hambre.

Profundamente conmovidos los chaikhes no pudieron contener sus lágrimas. Hicieron traer pan, y entónces el que llevaba la palabra continuó en estos términos:

—Señor, se ha decidido que al apuntar el dia seais trasportado á una fortaleza, donde quedareis preso.

—Sea, respondió Hixem con aire triste, pero resignado. No tengo mas que una gracia que pedir; dadnos una luz porque la oscuridad que reina en este triste sitio nos dá miedo.

Á la mañana siguiente, en cuanto Hixem hubo salido de la ciudad, los visires anun-

ciaron en un manifiesto á los Cordobeses que el Califato quedaba abolido para siempre, y que el Concejo de Estado había tomado en sus manos las riendas del gobierno, y en seguida fueron á palacio. Allí estaba Omeya todavía, que había creído firmemente hasta entónces en las promesas secretas de los visires, y que había convocado ya á los empleados para que les prestaran juramento. Iba á quedar desengañado. Los visires reprendieron á jefes y á soldados la precipitacion con que iban á reconocer á un aventurero sin haber esperado la decision de los notables. «Los notables, prosiguió Ibn-Djahwar, han abolido la monarquía, y esta medida ha sido aplaudida por el pueblo. Guardaos, pues, ¡oh soldados! de encender la guerra civil, acordaos de los beneficios que os hemos hecho, y esperadlos mayores si os mostrais dispuestos á obedecer.» Y luego dirigiéndose á los oficiales, les dijo: «Os mando que prendais á Omeya, y que lo saqueis primero de palacio, luego fuera del término de la ciudad.»

Esta órden fué ejecutada al punto; Omeya, en el colmo de su furor pedía venganza contra los pérfidos visires, que despues

de haberlo medido con esperanzas engañosas, lo arrojaban como un vil criminal, y trataba de interesar en su causa á los capitanes. Pero como estos estaban acostumbrados á obedecer á los individuos del Concejo, tan vanas fueron las promesas que les prodigó, como sus amenazas y sus injurias. No se sabe de cierto cuál fué su suerte. Pasóse algun tiempo sin que se oyera hablar de él. Mas tarde trató de volver á Córdoba, y hay quien dice que en esta ocasion lo hicieron asesinar secretamente los patricios. (1)

En cuanto al desdichado Hixem, huyó del castillo en que lo habian encerrado, (2) y se fué á la ciudad de Lérida, que estaba entónces en poder de Soliman ibn-Hud. Ya sea por olvido, ya por desden, dice un autor contemporáneo, que el Senado, porque ya podemos dar en adelante este nombre al Concejo de Estado, no le hizo nunca firmar un acta de abdicacion; nunca le hizo declarar en presencia de testigos que era incapáz de reinar, y que el pueblo quedaba

---

(1) Véase Ibn-al-Athir en el año 407.

(2) El mismo «ibid.»

desligado de su juramento, como se hacía de ordinario cuando se destronaba á un príncipe. (1) Nadie se ocupó mas de él, quedó olvidado, y cuando murió cinco años despues, (en Diciembre de 1036) su muerte apenas fué notada en Córdoba; el resto de España se cuidó de ella ménos aun.

---

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. III, fól. 139 v.-142 v.

---

## NOTAS DEL TRADUCTOR.

---

### NOTA I. p. 33.

Es comun la censura de historiadores nacionales y extrangeros (mas disculpable en estos que en aquellos) á los reyes cristianos, por la lentitud con que llevaron la reconquista. Lo que Tarik y Muza con un puñado de hombres hicieron en algunos meses tardaron los monarcas españoles nada menos que siete siglos, y eso que contaban con la mayoría de la poblacion, ó mejor dicho, toda ella, salvo los dominadores, era del mismo origen, gran parte de su misma religion, y por consiguiente debía serles afectada. Y aquí es el lamentar de las discordias intestinas y de la division de los reinos que consumian en guerras fratricidas las fuerzas que debian haber empleado contra el enemigo comun. Por general y cuasi universal que sea este modo de discurrir, no

implica menos un desconocimiento cuasi completo de la historia íntima de este período. Pudiera, acaso, pasar en aquellos días en que se satisfacía la crítica histórica con atribuir la pérdida de España al criminal antojo de D. Rodrigo, pero cuando se han estudiado profundamente las causas de la caída del reino visigótico, cuando se ha visto que apesar de los laudables esfuerzos de algunos reyes aquel haz de razas é intereses contrapuestos, no había llegado á constituir una nacionalidad, es preciso juzgar de otra manera la vida de este período, el más importante quizá y quizá el mas glorioso de toda nuestra historia, en que España enseñó al mundo cómo sin territorio, casi sin gente, sin legislación, sin instituciones, y oprimida por el pueblo mas potente entónces, y uno de los mas valerosos, siempre supo crear una nacionalidad tan enérgica, que pretendió, y lo hubiera conseguido, á ser posible dominar el mundo. No podemos detenernos aquí, ni siquiera en mostrar los hechos capitales de aquella gloriosísima edad en que todos los elementos se desarrollan con un paralelismo y una regularidad, apesar de sus esternas y aparentes contradicciones, que no tiene semejantes sino en la historia de Roma, y que el pueblo ha grabado en los inmortales cantos del Romancero, que será siempre el poema de las nacionalidades. Pero séanos lícito señalar que lo que hasta ahora ha pasado desapercibido para la reflexion de los doctos, la clara intuicion del pueblo lo ha grabado indeleblemente

con la creacion de las magníficas figuras de Bernardo del Carpio, de Fernan-Gonzalez y del Cid-Campeador. Es Bernardo del Carpio la primera personificación de la nacionalidad que aspira á vivir independiente en aquellos riscos donde

«Ni el rubor sube á las frentes  
Ni se pagan vasallajes.»

Enemigo jurado de los árabes, con los que aunque débil, no quiere hacer ningun género de pactos y bosquejo ya de aquella aristocracia insubordinada y levantisca, pero valiente é intransigente contra el enemigo, que ha de ser despues el nervio de Castilla, cuando vé en peligro la independencia de su pátria se impone á su rey y olvida la intolerancia religiosa, aliándose con los árabes, contra Carlomagno, cuyo ejército sepulta bajo las rocas de Roncesvalles, mostrando que el derecho nacional está sobre los intereses de toda institucion, por altas y seculares que estas sean, y haciendo así de nuestra historia una historia aparte que sale del concierto de toda la vida de la Edad Media.

Es Fernan-Gonzalez la representacion genuina de Castilla: liberta á su condado del féudo y dá á sus habitantes fueros con lo que se ligan al terreno, y se obligan á avanzar en la reconquista. A los enviados del rey, les dice:

«Mensajero eres amigo  
Non mereces culpa, non,  
Que yon non ha miedo al rey  
Ni á cuantos con él son.  
Villas y castillos tengo,  
Todos á mi mandar son,  
D'ellos me dejó mi padre,  
D'ellos me ganara yo:  
Los que me dejó mi padre  
Poblélos de ricos hombres,  
Los que yo me hube ganado  
Poblélos de labradores;  
Quien no tenía mas que un buey  
Dábale otro que eran dos;  
Al que casaba á su hija  
Dóile yo muy rico don;  
Al que faltaban dineros  
Tambien se los presto yo:  
Cada dia que amanece  
Por mí hacen oracion;  
No la hacian por el Rey  
Que non la merece, non;  
El les puso muchos pechos  
Y quitaráselos yo.

Con los árabes no hace nunca paces ni treguas; se opone á las demasías del clero, matando al Arcipreste, que intentaba abusar de su esposa, y aquellos preciados derechos que hacen que nuestra patria se adelante á todas en el uso de la libertad ha-

cen tan fuerte á Castilla que su personificación en Fernan-Gonzalez vence la personificación del imperio árabe en Almanzor, y obliga á los reyes leoneses á salir del estancamiento de las leyes góticas y á aceptar el sistema foral castellano, con el fuero de Leon de 1020.

Por último, el Cid Campeador no es ya la personificación de un Estado, ni de una clase particular, es la personificación de España. Monárquico en el Poema, místico en la leyenda, señor feudal en la Crónica, plebeyo en los Romances, el descendiente de Lain Calvo, el hijo del alcalde ciudadano, resume en sí todas las clases sociales. Defiende los privilegios adquiridos por la nobleza, abandona á la envidia sus propiedades y sus títulos y tiene reyes por vasallos; salva á su patria del yugo de los Almoravides, y vence aun despues de muerto. Alfonso VIII le vé acaudillar las huestes que van á combatir en las Navas, y Felipe II pide que lo canonicen. Niégase á reconocer la supremacía que los Emperadores de Alemania, como representantes del antiguo Imperio Romano, se atribuian sobre todos los reyes europeos, y contesta al Papa que quería hacerlo emperador de España

«Dévos Dios malas gracias, ay, Papa Romano, que por lo porganar venimos, que non por lo ganado; ca los cinco reynos de España sin vos le bessan la mano.

Viene por conquistar el imperyo de Alemania, que de derecho ha de heredarlo,  
Assentósse en la silla, por ende sea Dios loado.»

Estas tres idealizaciones marcan tres períodos distintos. En el primero, España trata de reconcentrar sus fuerzas para presentar un núcleo de resistencia, es lo que empieza á hacer Alfonso I, y lo que caracteriza á los reinos de Asturias y Leon; encerrarse en riscos inaccesibles, mantener dentro de ellos una poblacion numerosa y aguerrida, separarse por un desierto del Imperio Arabe, que intenta absolverlos, y por el muro mas infranqueable de la religion y de las leyes, es lo que hacen los primeros monarcas, y eso se explica el por qué Alfonso I no conserve más pueblos que los que puede defender, aglomere allí la poblacion Muzárabe, que arrastra en sus afortunadas correrías, y no procure una reconquista total de la Península, que aun cuando hubiera tenido fuerzas, que no las tenía, para hacerla, hubiera dejado las cosas en el mismo estado que ántes.

Nota II, pág. 293.

Dozy omite aquí la batalla de Caltañazor contra cuya existencia ha escrito un artículo que con el número XIV aparece en sus «Recherches» págs. 211-221 de la segunda edicion. Y como este sea uno de los cargos mas fundamentales que haya dirigido á Conde, de quien dice p. X-XI, entre otras cosas, que «Ha trabajado sobre documentos árabes sin conocer mucho más de esta lengua que las letras con que están escri-

tos» y que «supliendo con una imaginacion extremadamente fecunda, la falta de los conocimientos mas elementales, con una impudencia sin semejante, ha forjado fechas á centenares, é inventado hechos á millones, teniendo siempre la pretension de traducir fielmente textos arábigos,» cúmplenos en este lugar dejar en el que se merece la buena fé del arabista español, y haciendo debida justicia á los notables trabajos del profesor holandés, mostrar, que no es cuestion tan decidida como supone, la de la no existencia de aquel combate á los ojos de una crítica imparcial y desapasionada.

Conde dejó escritos los pasajes de los escritores árabes de que se servian, en unos cuadernos que están al presente en la Biblioteca del Escorial. El distinguido arabista D. Francisco Fernandez y Gonzalez, tan conocido entre nosotros por sus traducciones de Ibn-Adhari y su «Memoria sobre los Mudejares,» los ha examinado con ocasion de continuar el Catálogo de Casiri, encontrando todos los que ha comprobado, y son muchos, de una escrupulosa exactitud. Aquel en que refiere la batalla de Caltañazor, aparece atribuido á Ibn-Haiyan, escritor que en concepto de los mas distinguidos arabistas, (nosotros no somos ni lo uno ni lo otro,) es la guía mas segura para la historia del Califado, por no haber caido en aquel vicio de adulacion que ha llevado á otros historiadores arábigos á exagerar triunfos y á callar derrotas. Ibn-Haiyan desgraciadamente no se encuentra completo, y muchos de sus pasajes,

aparecen esparcidos en otros historiadores. Ahora bien, ¿no es posible y aun probable que Conde haya visto este pasaje en alguna crónica ó documento que no haya podido estudiar el Sr. Dozy? ¿No es eso mas fácil que suponer que Conde, que al decir del Profesor de Leiden «no conocía del árabe mucho mas que las letras,» haya podido poner en árabe un pasaje no muy corto?

Esto por lo que toca á Conde. Por lo que respecta á la batalla, las tres razones que tiene nuestro autor para negarla, son, el silencio de las crónicas cristianas hasta D. Rodrigo, y Lucas de Tuy; la inverosimilitud y anacronismos de la narracion de este, y el silencio de las crónicas arábicas. Respecto á lo primero, no es enteramente exacta su apreciacion. El mas cercano y el único donde no se halla vestigio de ella es la de Sampiro, en la cual es cierto no se habla de batalla, y solo se indica que los Agarenos tuvieron que retirarse á causa de una enfermedad en el vientre que no dejó volver ninguno vivo á su pais; pero hay que notar que estas son las últimas palabras con que aparece terminada la crónica; que esta, ántes de imprimirse, anduvo en muchos manuscritos en que se confundió con las de otros cronistas, habiendo estado inéditos hasta bien entrado el siglo XVII en que los imprimió Sandoval.

Ahora bien, el sentido de las palabras con que termina, «sed Rex noster cœlestis non est oblitus christianam plebem, misit in Agarenos infirmita-

tem ventris, et nemo ex eis vivus remansit, qui rediret in patriam unde venerat,» parece casi encontrarse en estas del chronicon de D. Pelayo: «Sed Rex cœlestis,» solita pietate, memorans misericordiæ suæ, ultionem fecit de inimicis suis: morte etenim quadam cubitanea, et gladio ipsa gens Agarenorum cœpit assidue interire et ad nihilum quotidie devenire,» y el Silense, que ingirió en su chronicon el de Sampiro, al parecer con la pureza de su autor, sin las interpolaciones del Obispo de Oviedo, que, ó no había escrito al tiempo de formar su obra, ó no tuvo noticia de ella, escribe sustancialmente lo mismo, de esta manera: «Rex Cœlestis memorans misericordiæ suæ, ultionem fecit de inimicis suis. Morte quidem subitanea, et gladio ipsa gens Agarenorum cœpit interire, et ad nihilum quotidie pervenire.» Tenemos, pues, que los dos únicos historiadores de donde se ha podido sacar el manuscrito de Sampiro, hablan de que el desastre de la última expedicion de Almanzor, fué debido á la enfermedad y á la espada (gladio) de los cristianos. ¿No parece por consiguiente muy probable que falte algo en Sampiro, tal como lo tenemos actualmente, ó mejor, tal como se ha venido publicando hasta Florez, y que ese algo, sea lo que los otros dos chronicones dicen? Y aun cuando no fuera así ¿si lo que ocasionó la principal ruina de esta expedicion fué la enfermedad y los ataques sucesivos fueron consecuencia de la debilidad que esta en el ejército produjo, ¿qué extraño que el primer

cronista, en la brevedad con que se esplica, no hiciera mencion de ella, tanto mas cuanto que la batalla de Caltañazor, si la hubo, mas parece un encuentro desgraciado que nó una derrota decisiva? Confesamos de plano todos los anacronismos é imposibilidades de la narracion de Lucas, de Tuy, pero á través de ellos se trasluce una tradicion popular; aquella especie del pescador que gritaba en las orillas del Guadalquivir, en español y en caldeo:

En Calatañazor  
perdió Almanzor  
el tambor,

aquella derrota que le permite retirarse durante la noche aunque vencido, ¿no es en el fondo la misma narracion del Silense y de Pelayo? ¿No concuerda tambien con la tradicion que se encuentra en la Historia Compostelana? ¿No es mas fácil de aceptar para la crítica, echando á un lado lo milagroso, que el ejército de Almanzor sufrió una enfermedad que le obligó á retirarse, y que en la retirada fué atacado por los Cristianos, que le hicieron sufrir algunas pérdidas, entre las que pudo haber algun descalabro en terreno montañoso, como lo indica la misma palabra Caltañazor (Roca de las Aguilas? ¿No parece tambien mas natural que los cronistas cristianos, sacerdotes, habian de dar mas importancia á la accion divina, mostrada en la enfermedad, que á la de los hombres en la batalla? ¿No parece, por último, esto mas fundado en los datos históricos que la suposicion meramente gratuita de las leyendas compostelanas de Dozy? ¿Qué necesitaban los sacerdotes para mostrar el poder de Dios y de Santiago, mas que esplicar sobrenaturalmente el hecho cierto de la muerte del insigne caudillo de los Arabes. Almanzor se atrevió á penetrar en el templo del Apóstol; su sacrilegio fué castigado con la muerte, por una

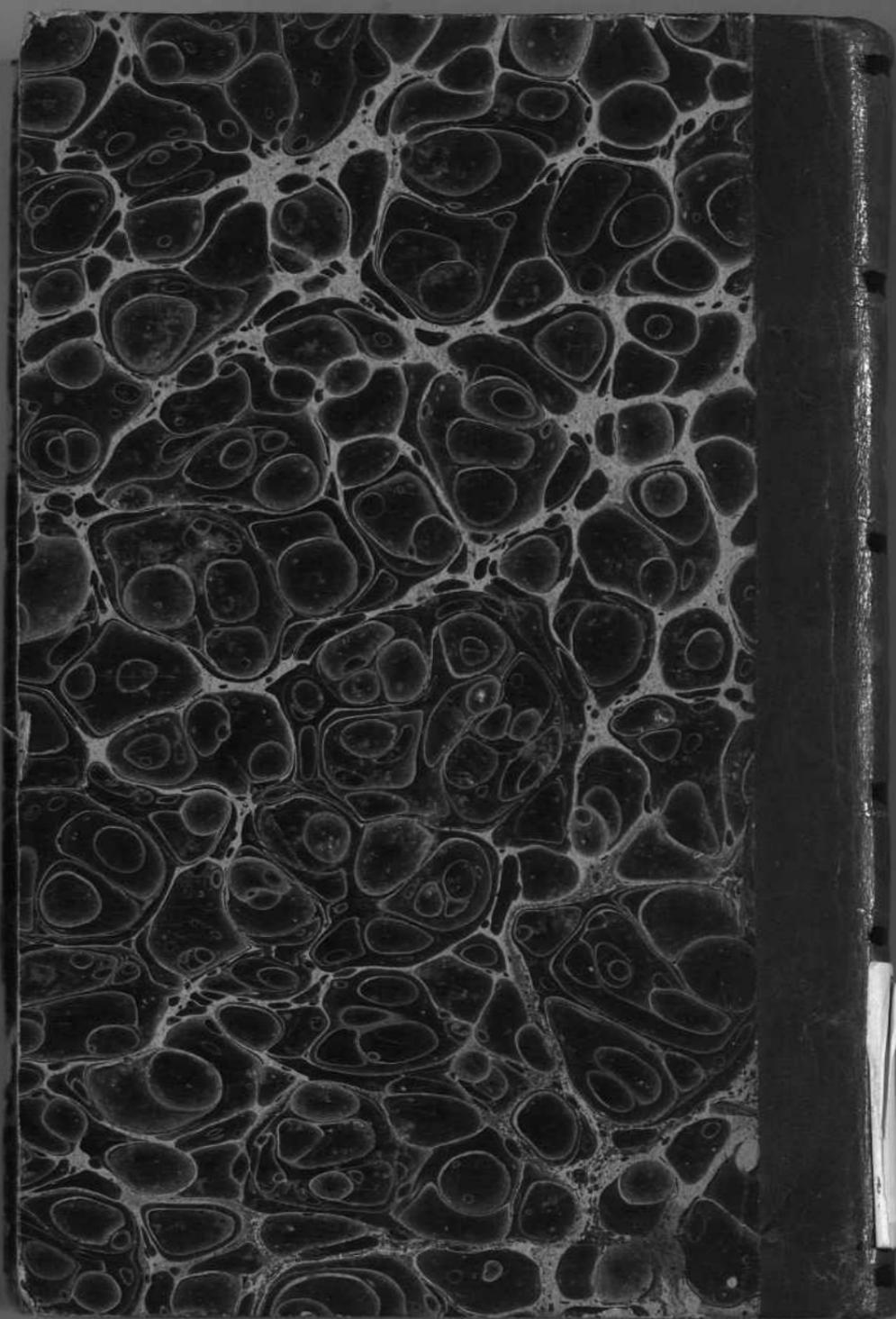
cruel enfermedad. ¿Qué añadirían, ni añaden á esto la disenteria del ejército, ni el descalabro en algun desfiladero? ¿No parece que si se trataba de hacer historias milagrosas debía amenguarse la obra de los hombres para hacer resaltar la de Dios y sus santos? Porque, si es leyenda, ¿cómo se esplica que en esta batalla, Santiago no peleó? Pero se dice: no está referida en los historiadores árabes. La cosa no tendria nada de extraño. Es muy frecuente que los historiadores árabes callen sus derrotas como los cristianos las suyas. Pero, ¿podrían ellos considerarla como una verdadera derrota? Aun aceptando la narracion de Lucas de Tuy, apesar de las grandes pérdidas de los Sarracenos, estos pudieron retirarse durante la noche abandonando las tiendas. ¿Y no hay por ventura batallas en que suceda esto mismo, y en que los Arabes no se dén por derrotados? Un descalabro no es una derrota, y esta no fué siquiera dejar la presa por la vuelta. ¿Merece esto mencionarse en una expedicion gloriosísima? ¿Pero no se menciona? Dejemos á los sábios orientalistas Dozy y Gallangos discutir sobre el trozo que este último atribuye á Mac-cari, ¿Se ha demostrado la falsedad del texto de Ibn-Haiyan, que se encuentra en los extractos de Conde?

Al hacer estas observaciones, no tenemos ningun interés especial en defender la existencia de la batalla de Calatañazor, que bien podría borrarse perfectamente de nuestra historia, sin que se perjudique en nada. Pero ya que se ha levantado una hipótesis, fundada solo en un silencio, no creemos pecar de audaces, presentando á nuestra vez otra que tiene por apoyo la interpretacion natural de los textos, y una tradicion de mas de seis siglos.









ENCICLOPEDIA  
MUSEUMS  
ESPAÑOLAS

BIBLIOTECA  
PROVINCIAL  
DE SEGOVIA

90

82547